

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA É ILUSTRADA REUNIDAS.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 12. — N° 21.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO :

Poetas españoles contemporáneos; D. Antonio Gil y Zárate. — Historia de la semana; grabado. — Descripción geográfica del reino de la poesía. — Profesion religiosa; grabados. — Exposición de los productos de la industria universal en Dublin; grabado. — La mano roja. — La buena y la mala fortuna; cuento popular andaluz. — Los criaderos de la California; grabados. — Un pobre enfermo. — Recuerdos de la Granja; poesía. — El puerto y los docks de Londres; grabados. — Un matrimonio en la India. — Revista agrícola. — La secta de los espíritus; grabado.

Poetas españoles contemporáneos.

DON ANTONIO GIL Y ZÁRATE.

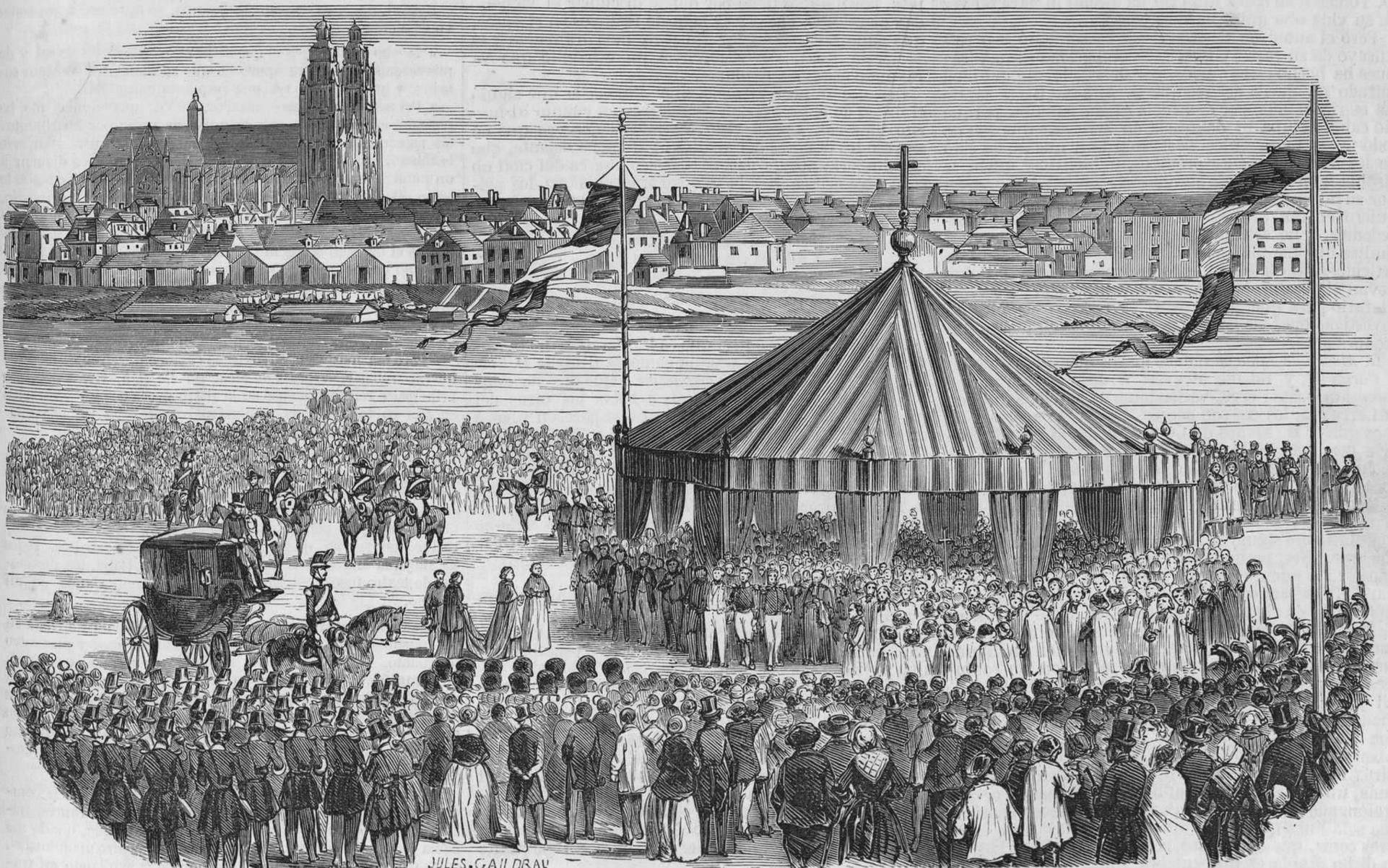
Me he detenido poco en la crítica del CARLOS II por-

que la obra no merece mucho, aunque pudiera haber hablado mucho por lo mismo que la obra vale tan poco. Esto consiste en que no quiero abusar de mis ventajas; no quiero saciarme en la censura de un drama combatido ya hasta por su mismo autor, que de seguro daría cualquier cosa por no haberlo escrito; no quiero, en fin, ensangrentarme contra la moribunda reputación literaria de D. Antonio Gil y Zárate. He dicho que el drama es malo como copia, y que lo sería también como creación; que no tiene caracteres, y que sus personajes hablan por lo común un idioma inusitado, horrendo, indigno de la compostura que debe presidir á una composición de su género; pero no he querido decir que si el diálogo es inadmisibile en cuanto atropella los fueros del buen tono, es intolerable por la insistencia con

que en él se infringen las leyes de la gramática. Citaré solo para corroborar este aserto aquella décima que la pobrecita Ines, jóven digna de mejor suerte, dirige al infeliz de su amante amado, ántes de consolarle con la hermosa perspectiva del cielo :

Florencio, dueño adorado :
Yo soy, yo, quien te asesino.

Mis lectores, á quienes supongo en general mas conocedores de nuestra lengua que D. Antonio Gil y Zárate, convendrán conmigo en que aquí el pronombre relativo *quien* exige que el verbo se conjugue en tercera persona; de modo que Ines podia haber dicho « Yo te



Recepcion del cardenal Morlot en Tours.

asesino » aunque fuese poniendo algún ripio para completar las sílabas que faltasen al verso; pero una vez adoptado el giro que lleva consigo dicho pronombre relativo ya no podía en buen castellano decir: « Yo soy, yo, quien te asesino » sino « Yo soy, yo, quien te asesina. »

Prosigue Ines:

«Fatal te fué mi destino.
¿Porqué, porqué me has amado?
Te prometí, desdichado,
Suerte de amor placentera;
Te engañé, solo te diera,
En premio de tu pasión,
Por palacio una prision
Y por tálamo una hoguera.

Ese *diera*, imperfecto del subjuntivo, debía ser *di*, pretérito perfecto del indicativo, para hablar con propiedad. Verdad es que otros muchos poetas se permiten licencias parecidas no pudiendo vencer las dificultades de la rima; pero el que otros pequen también, no quiere decir que D. Antonio Gil y Zárate se exima de la responsabilidad que la crítica tiene derecho á exigirle cuando no se expresa con la debida corrección.

Repito que no quiero citar más ejemplos para demostrar que el drama *CARLOS II EL HECHIZADO* es un ejemplo vivo de la insubordinación permanente en que muchos de nuestros modernos literatos viven contra los fueros de la gramática; porque aun suponiendo que D. Antonio Gil y Zárate hablase nuestra lengua con propiedad, no dejaría por eso de ser uno de los peores versificadores de España, y eso que los hay muy malos. No he querido decir que sería uno de los peores poetas, porque en mi opinión no es poeta malo ni bueno; carece de imaginación y de sentimiento, de originalidad y de forma, de dibujo y de colorido; es, en una palabra, con relación á los poetas, lo que los pintores de puertas y ventanas respecto de los artistas. Todos los versos que he copiado del *CARLOS II* demuestran esta verdad, y si fuese necesario dar una prueba más, citaría aquella quintilla de Florencio, que dice:

Ven querida Ines y pon
Tu mano en mi corazón.
¿Ves cual late, enamorado?
Pues de hacerlo no ha dejado
Por tí en tan larga prision.

¿No convienen ustedes conmigo en que esto es muy atroz? Por mi parte creo que la citada quintilla es... ¿que diré yo para calificarla como merece? Diré que es la más ramplona de D. Antonio Gil y Zárate, y añadiré aunque parezca una exageración, que el mismo D. Tomas Rodriguez Rubí no ha hecho ni hará tal vez en su vida una quintilla más prosaica.

Pero el autor de *CARLOS II* no se contentó con este ensayo de su rara ¡y bien rara! capacidad dramática; pues ha hecho otros varios, por desgracia, aunque bien mirado no puede decirse que D. Antonio Gil y Zárate ha escrito mucho por desgracia ni por fortuna, porque no cabe fortuna ni desgracia en las cosas que son de todo punto indiferentes. Baste solo decir que no ha sido de los ingenios menos pródigos, si bien hay quien le disputa la propiedad de algunas producciones que pasan por suyas; pero este es un terreno vedado en que yo no quiero entrar, aunque tengo para ello sobrados antecedentes, y no solo me abstengo por no traspasar los límites que me he trazado al emprender esta serie de artículos, sino también porque dramas como los que llevan el nombre de D. Antonio tienen harto poco valor literario para que pasemos el tiempo en las inútiles investigaciones de su origen. Digamos algo de estas producciones.

D. Alvaro de Luna es uno de los dramas que siguieron á *Carlos II*, y no me atreveré á decir si vale más ó menos que este: creo, valiéndome de la feliz expresión de Larra, que los dos son peores. Todavía creo otra cosa, y es que si D. Alvaro de Luna volviese al mundo tendría más odio á D. Antonio Gil y Zárate que al rey D. Juan II, fundándose para ello en que el monarca se contentó con mandar cortar la cabeza, mientras que D. Antonio Gil y Zárate le ha puesto en ridículo para siempre.

A *D. Alvaro* siguió la *Rosmunda*, drama inferior á los dos anteriores, porque está peor escrito y apenas tiene una escena que no sea un plagio del moderno teatro francés. Bastará decir una cosa para manifestar el mérito de esta obra, y es que habiendo dicho un folletista que la *Rosmunda* podía considerarse como la introducción de un género enteramente nuevo en la literatura dramática, salió D. Clemente Miró con un comunicado en los periódicos, diciendo que no era D. Antonio Gil y Zárate el introductor del nuevo género sino él, añadiendo que la *Rosmunda* podía considerarse como una imitación de su drama titulado *la Adúltera*. ¿Y saben mis lectores lo que es *la Adúltera* de D. Clemente Miró? Es un drama que ocupa, impreso en letra menuda, un tomo de más de quinientas páginas en octavo prolongado, con la particularidad de que no contiene una sola línea que no sea un desatino. Recuerdo entre otras cosas, que uno de los personajes que más hablan en dicho drama es una culebra, que el gracioso es un teniente general, y que la primera escena, que pasa de noche, tiene lugar en un jardín, en el cual dice el autor que habrá una lámpara en medio. También me acuerdo

de que estando durante el drama desencadenadas las tempestades, todas las acotaciones se reducen á decir: — *Oyese un trueno — déjase ver un relámpago, — zumba el viento, etc.* Y hago, en fin, memoria de esta insipida reflexión que en dicha obra le ocurre á un amante viéndolo á su querida en una cárcel:

Yo siempre corre que corre.
¿Y esto se llama vivir?
¡Y ella presa en una torre
Sin tener con que nutrir!

Hablando seriamente, la *Rosmunda* no es una producción tan desprovista de sentido como la *Adúltera*, no tiene disparates de tan grueso calibre, porque D. Antonio Gil y Zárate no está loco; pero es cosa bien particular el que una vez que la crítica ignorante ó apasionada le quiso conceder el privilegio de invención, fuese á disputarle este mérito un poeta como D. Clemente Miró. Para otro hombre de menos calma que D. Antonio, este hubiera sido sin duda un golpe mortal. En cuanto á la *Rosmunda*, que como llevo dicho, no tiene ningún punto de contacto con la *Adúltera*, no deja de ser una de las muestras más evidentes de la impotencia literaria de su autor. Su argumento es un plagio completo del teatro francés, no teniendo original más que la inverosimilitud nacida de la falta de orden en el arreglo de la obra, el prosaísmo de los versos, los defectos de lenguaje y este pensamiento en el desenlace, que es la consabida mauletilla de D. Antonio Gil y Zárate.

EL AMANTE.

¿Nos amaremos?

ROSMUNDA.

Sí.

EL AMANTE.

¿Dónde?

ROSMUNDA.

En el cielo.

Como ven ustedes, todo es ripio en este último verso, la palabra y el pensamiento, ó por mejor decir el pensamiento y cada una de las palabras. La pregunta « ¿nos amaremos? » es un ripio, porque carece de objeto en la situación. La respuesta « sí » es otro ripio, porque es el complemento de la pregunta intempestiva. La segunda pregunta « ¿dónde? » es un ripio atroz, porque para los que prometen amarse, el lugar es indiferente, y estoy seguro de que los amantes de la *Rosmunda* son los primeros y serán los últimos que hayan tenido ó puedan tener en adelante la peregrina ocurrencia de preguntarse el paraje donde deben amarse. « En el cielo » es el ripio por excelencia, el padre de los rípios, porque solo tiene por objeto disculpar el violento desenlace de la obra, y la falta de recursos en el autor, que pudo fácilmente dar un giro más dramático á la peripecia final, sin recurrir á un estribillo que va rayando en monomanía.

Después de la *Rosmunda* vino *Masaniello* que siguió el orden de la progresión decreciente en cuanto al mérito literario. Luego vino *Gonzalo de Córdoba* que no merece los honores del análisis, y detrás ó delante, que esto importa poco, *Guzman el Bueno*, acerca del cual no cabe otra crítica que la que yo improvisé en los primeros días de su aparición, y es como sigue:

Nada á su impotencia igualo:
Y solo un autor de trueno
Pudo, de Guzman el Bueno,
Hacer un Guzman tan malo.

En fin, después ó antes, que es indiferente, dió D. Antonio Gil y Zárate una pésima comedia titulada *D. Trifon*, y el drama *Cecilia la ciegucecita*. ¿Qué diré de estas producciones? Que se parecen á todas las otras del mismo autor, y voy á decir en que se parecen unas á otras todas las obras de D. Antonio Gil y Zárate.

1º En que todas valen poco, si es que valen algo.
2º En que obedecen como ántes he dicho, á una ley de serie ó progresión decreciente, de modo que *D. Alvaro de Luna* es peor que *Carlos II*; *Rosmunda* peor que *D. Alvaro*; *Masaniello* peor que *Rosmunda*; *Guzman el Bueno* peor que *Masaniello*; *Gonzalo de Córdoba* peor que *Guzman el Bueno*; *D. Trifon* peor que *Gonzalo de Córdoba*; y *Cecilia la ciegucecita* peor que *D. Trifon*.

3º En que todos estos dramas empiezan en la tierra y acaban en el cielo.

4º En que todos tienen por título algún nombre propio ó patronímico, lo que se demuestra recordando que uno se llama *Carlos*, otro *Alvaro*, otro *Trifon*, otro *Cecilia*, etc.; lo cual prueba que D. Antonio Gil y Zárate carece de invención hasta para hallar una cosa tan sencilla como es el título de una obra cualquiera; pues como ha observado oportunamente un escritor amigo mío, casi todos los títulos de las obras de Gil y Zárate están en el *Flos-Sanctorum*. Pero entre todos estos títulos, el que más me llama la atención es el de *Cecilia la ciegucecita*. ¿Que habrá querido el autor decir con este diminutivo? ¿Habría querido decir que es una ciega chiquitita, ó bien que no es más que un poquitito ciega?

5º Y último. Parécense todos los dramas de D. Antonio Gil y Zárate en que presentan los mismos defectos de lenguaje, la misma dureza de versificación, el mis-

mo caudal de rípios, idéntica impropiedad en el conjunto y en los detalles, la total carencia en fin de genio y de talento que el hombre necesita para brillar en la poesía, sin embargo de lo cual D. Antonio Gil y Zárate goza una de las primeras reputaciones de la época siendo el hombre de nuestros días que más fruto ha sacado de su reputación literaria. ¿Y probará esto algo en favor de mi patria?... Bien hago yo, señores, muy bien, en tener tema á D. Antonio Gil y Zárate; y agradezca este señor la indulgencia con que le he tratado.

J. M. VILLERGA.

Historia de la semana.

Un compositor moderno, sobrino de un músico retirado ya de su carrera, se hallaba últimamente en el apuro en que se hallan por lo regular los compositores cuando se acerca el día de la primera representación de sus óperas, esto es, en el apuro de tener que escribir la obertura, pues de tiempo inmemorial se acostumbra á dejar lo primero para lo último, tanto en esto como en otras varias cosas.

El tío de nuestro moderno autor fundaba las mayores esperanzas en la obra del sobrino; mas echando de ver cierta tristeza enfermiza que le quitaba el apetito y el sueño, no pudo menos de preguntarle con inquietud lo que tenía.

— ¡Me falta la obertura! contestó el jóven con un tono que quería decir, que no habiendo compuesto en su vida más que algunas canciones con acompañamiento de guitarra, tenía miedo de poner la mano en el papel para escribir la primera nota de su sinfonía.

— Si no es más que eso, no te aflijas; repuso el otro.

— ¿Cómo es eso?

— Tendrás tu obertura; la posteridad no se verá privada de la obra maestra que la espera.

Y dicho esto, el músico viejo, que conocía á Rossini, tomó la pluma, y le escribió estas líneas:

« Maestro:

» Tiene Vd. reputación de tres cosas: de hombre que sabe su oficio, de servicial y de aficionado á los manjares apetitosos. Así pues, le envío á Vd. un pastel relleno de manjares exquisitos, y espero un servicio de Vd., cual es el de que condescienda con una cosa de la que depende la felicidad de uno de sus rivales futuros. Mi sobrino no sabe lo que hacer para escribir la obertura de su ópera: Vd. debe poseer alguna receta para componer sinfonías, puesto que ha dado á luz tantas y tan buenas; y yo cuento con que á correo tirado tendrá Vd. la bondad de enviármela para venir en socorro á mi sobrino. Cuando aun conservaba Vd. pretensiones á la fama, mi petición habría podido parecerle indiscreta, pero en el día que ha renunciado Vd. á toda idea de gloria, nada ni nadie puede inspirarle celos.

» Sin más por hoy, se ofrece de Vd., etc. »

Rossini, desde su rincón de Bolonia, se apresuró á contestar lo siguiente:

« Mucho me lisonjea el que se haya acordado Vd. de mí y de mis recetas en el grave apuro en que se encuentra su señor sobrino, y quiero dar á Vd. una respuesta cumplida.

» Primeramente debo advertir á Vd. que nunca me he puesto á escribir, sino cuando no podía pasar por otro punto. Me parece imposible que haya nadie á quien le gustá romperse la cabeza, cansarse la mano, y darse calentura para divertir á un público, cuyo mayor placer consiste en fastidiarse cuando le están divirtiendo. Yo no soy partidario del derecho al trabajo, y creo que el más bello y precioso de todos los derechos del hombre, sería precisamente el de no hacer nada. A lo menos este es el derecho á que me atengo ya, después de haber adquirido, no por mis obras, lejos de esto, sino por varias especulaciones en que me interesaron á pesar mío, ese incomparable privilegio de poder vivir en una ociosidad completa. Así pues, el primer consejo que tengo que dar á su señor sobrino es el de que me imite en esto, mas bien que en otras cosas.

» Pero si persiste en su extraña é incomprensible idea de querer trabajar, á pesar de tener un tío rico, voy á darle las principales recetas que usé en la triste época de mi existencia en que yo también me ví precisado á trabajar un poco, dejando á su gusto el elegir la que mejor le parezca.

» PRIMERA RECETA. — Regla general é invariable: Esperar á la víspera de la primera representación para componer la sinfonía. Nada provoca tanto la inspiración como la necesidad, como la desagradable presencia de un copista que espera la obra pedazo por pedazo, como el aspecto siniestro de un director desesperado que se arranca puñados de cabellos. Todas las mejores sinfonías se han escrito así. En Italia, los directores de teatro todos estaban calvos á los treinta años en mi tiempo.

» SEGUNDA RECETA. — Yo compuse la sinfonía de *Otelo* en un cuartito del palacio Barbaja, donde el más feroz y mas calvo de cuantos directores conocí, me había encerrado por fuerza, en compañía de un plato de macarrones, y amenazándome con que no saldría de allí vivo sino sacando en la mano la última nota de la susodicha sinfonía. Vd. puede valerse de este medio para con su sobrino; pero cuidado con regalarle un pastel como el que Vd. me ha mandado; esto es bueno para los compositores que no hacen nada.

» TERCERA RECETA. — La sinfonía de la *Gazza Ladra* la compuse, no la víspera, sino el mismo día de la primera representación en un desván del teatro de la Scala, en Milan, donde me había metido el director, bajo la guarda de cuatro maquinistas, cuatro verdugos que tenían la misión de ir arrojando mi trabajo frase por frase desde lo alto de una ventana á unos copistas que estaban abajo en el patio del teatro, transcribiendo la sinfonía y enviándola á retazos al director de orquesta que á

medida que lo recibia lo ensayaba. A falta de cuartillas de papel, los bárbaros tenían orden de arrojarle á mí por la ventana. La guardilla de su casa de Vd. podria servirle contra su sobrino; y quiera Dios que no tenga otras caídas.

» CUARTA RECETA. — En la sinfonía del *Barbero* sali mejor, pues no tuve que componerla, es decir, que en vez de la que escribí en un principio para esta ópera sumamente *buffa*, tomaron la que habia escrito para otra obra, la *Elisabeth*, ópera sumamente *séria*. El público se quedó encantado con la sustitución. Su señor sobrino de Vd., que no ha escrito nada todavía, podria probar este medio, y tomarse á sí mismo una obertura.

» QUINTA RECETA. — Compuse la obertura, ó por mejor decir la introducción instrumental del *Comte Ory*, estando pesando con una caña en Petit-Bourg, en compañía del banquero Aguado, que me hablaba de la Real Hacienda en España, lo que confieso no me divertía mucho. No dudo que en un caso semejante su conversacion de Vd. tendria el mismo imperio sobre la imaginación de su señor sobrino.

» SEXTA RECETA. — Compuse la sinfonía de *Guillermo Tell* en condiciones análogas en un aposento que ocupaba en el boulevard Montmartre, y donde se reunia de día y de noche la flor y nata del mundo parisiense que iba allí á fumar, á beber, y á romperme los oídos con sus conversaciones, en tanto que yo trabajaba con encarnizamiento solo por no oírlos. Pienso que á pesar de las luces en Francia, aun encontrará Vd. en París bastantes imbéciles para procurar el susodicho estimulante á su sobrino.

SÉPTIMA RECETA. — Para el *Moisés* no compuse ninguna sinfonía, y esto es lo preferible. Estoy seguro que si el sobrinito opta por esta última receta, no saldrá mal parado, como suele decirse; además que no sería el primero, pues ya la ha usado mi buen amigo Meyerbeer para *Roberto el Diablo*, los *Hugonot* y el *Profeta*.

» Sin otra cosa, y dando gracias á Vd. por el pastel consabido, queda suyo afectísimo.

» ROSSINI.
» *Ex-compositor.* »

¿Qué receta de estas siguió el jóven compositor? Esto es lo que ignoramos; pero lo cierto es que la ópera salió á luz con su correspondiente obertura, que ha gustado mucho.

Este mes de mayo en que estamos es un mes de revolucion en el mundo parisiense. Todo se vuelve viajes al extranjero, á las provincias, al campo; diríase que París entero está de mudanza. Pero en cambio, si la sociedad local abandona sus penates para eso acuden aquí en esta estación miles de forasteros que desean dar un paseo por la afamada capital. En una palabra, estamos en la época de las despedidas y de las sorpresas.

El lunes último, en la grande solemnidad que hubo en la Ópera, algunos abonados de la orquesta distinguieron en un palco que habia quedado vacante el 1º de mayo á una jóven rubia, vestida con una elegancia encantadora.

— Allí está nuestra condesa del año pasado, se dijeron.

— ¿Y cómo será que en seis meses no ha parecido por la Ópera?

— Porque es una alemana que vive en Viena todo el invierno; ahora estará en París hasta el fin del verano.

— Seria famoso robársela á la Alemania; dicen que es viuda, ¿no es verdad?

— Así dicen.

— ¿Y rica?

— Muchísimo.

— Pues entónces, ¿qué cosa mejor que darla un segundo marido?

— ¡Ah! en cuanto á eso, hay que decir que no quiere casarse; su vida está muy rodeada de misterios.

Un baron aleman, establecido en París, donde pasa los seis meses de invierno, muy conocido en los círculos elegantes como uno de los hombres mas á la moda, reunió á una porción de amigos dias pasados, para despedirse de ellos hasta el invierno próximo.

— Es muy pronto, le dijo uno de ellos; sabes que el lunes habrá en la Ópera una gran solemnidad, ¡y te marchas!

— Lo siento mucho, pero no puedo esperarme á esa fiesta; además mi casa está ya alquilada, y mañana mismo debe ocuparla la persona que la ha tomado.

— Eso no quiere decir mucho, pues nada hay mas fácil de arreglar que el asunto de la casa; pero ¿cómo siendo tan rico alquilas tus hermosos aposentos cuando estás de viaje?

— Es que no lo soy sino á la condicion de pasar por eso, y por otras muchas cosas que es inútil que os explique ahora, contestó el baron sonriendo.

En efecto, así como lo habia comunicado el baron partió al otro día, y por la noche se hallaba en Estrasburgo.

La condesa que hemos visto en la Ópera llegaba también á Estrasburgo por otro camino.

Una hora despues que estos personajes se hallaban alojados cada cual en una posada diferente, el ayuda de cámara del baron fué á ver al ayuda de cámara de la condesa, y le entregó un manojito de llaves, en cambio de otro manojito igualmente de llaves.

Aquella misma noche el baron tomaba el ferro-carril aleman, y al otro día la condesa se ponía en camino por París.

El secreto de toda esta historia (historia verdadera) parecerá sin duda muy extraño á nuestros lectores, pero sin embargo se explica en dos palabras: ¡el baron y la condesa están casados!

Su union no fué dichosa; sus genios, sus caracteres y sus gustos no pudieron nunca estar de acuerdo, y en la imposibilidad de romper su cadena, se han separado amistosa, aunque irrevocablemente.

En cuanto se firmó el contrato de desunion (que se observará con mas fidelidad que el primero), se han repartido el tiempo que cada uno de ellos debe residir en las dos ciudades

del mundo que mas les gustan. Viena es su patria, y allí está su fortuna; París es su país predilecto.

Así pues, se decidió que alternativamente pasarian uno y otro seis meses en Viena y otros seis en París, arreglándose de modo que no tuvieran que encontrarse jamás en ninguna de esas dos ciudades. Ambos parten en una época fija, el último día del mes de abril y el último del mes de octubre; llegan juntos á Estrasburgo, y comunicándose por medio de sus ayudas de cámara, se apresuran á marchar cada cual á su puesto.

Ninguno de los dos ha querido ceder al otro el magnífico palacio que poseen en comun en Viena; y por consiguiente teniendo que habitar alternativamente en Austria los dos en el mismo sitio, convinieron en hacer lo mismo en París; es lo mas cómodo, y esto les dispensa de los enormes gastos de tener cuatro casas.

La condesa ha vuelto á tomar su nombre de familia, y el baron no desea otra cosa que pasar por soltero. En París. el secreto del lazo que los une puede guardarse fácilmente; sin embargo, ya ven nuestros lectores como hay algunos que lo saben, y lo que es peor, lo escriben, aunque sin los nombres, lo que disminuye mucho la gravedad del caso.

— La lámina que va al frente de este número representa una ceremonia religiosa que ha puesto en conmocion á toda la ciudad de Tours, cual fué la vuelta del señor arzobispo, que hoy es cardenal arzobispo de Tours. El nuevo cardenal Morlot fué recibido el 26 de abril con todos los honores debidos á su nueva dignidad; he aquí como cuenta el hecho un diario de aquel departamento:

« La ceremonia de la recepcion del cardenal Morlot ha sido una de las mas bellas fiestas que ha presenciado la ciudad de Tours. La pompa de la religion junta con el imponente aparato de las autoridades civil y militar; la actitud á la vez alegre y recogida de la poblacion, hasta el hermoso tiempo que hizo, todo parecia haberse reunido para dar á esta solemnidad un carácter particular de brillo y de grandeza. En el aspecto que presentaba la inmensa muchedumbre que obstruia las calles y plazas por donde debia pasar la comitiva que acompañaba al venerable jefe de nuestra diócesis, se veía que la ciudad de Tours alborozada con la vuelta de su primer pastor revestido de su nueva dignidad, queria manifestarle su satisfaccion y su respeto. ¡Fiesta consoladora que manifiesta altamente los buenos sentimientos de que se halla animada nuestra poblacion!

» El señor cardenal Morlot, despues de haberse detenido algunos instantes en la iglesia de la antigua y célebre abadía de Marmonnier, llegó á la una y media, como estaba anunciado, á la elegante tienda que se habia improvisado á la extremidad del puente, sobre la plaza Choiseul, donde le esperaban de toda gala las principales autoridades, civiles y militares, el ayuntamiento, los miembros del capítulo de la iglesia metropolitana, los empleados del gobierno, y un crecido número de personas de la poblacion que se unieron á todos estos funcionarios.»

Nuestro dibujo representa el momento en que el nuevo cardenal se dirige á la tienda improvisada.

MARIANO URRABIETA.

15 de mayo de 1853.

Descripcion geográfica del reino de la Poesía.

La *Poesía* es un reino muy dilatado y poblado. Confina al Oriente con la *Elocuencia*, al Mediodía con la *Pintura* y la *Escultura*, y al Occidente con la *Música*. Las costas nel norte las baña el Océano de la *Erudicion*.

Se divide como otros muchos reinos en país alto y bajo. La *Poesía* alta está habitada por personajes graves, de presencia majestuosa y de frente ceñuda, cuyo lenguaje comparado con el de las otras provincias, es como el español respecto al italiano. Los hombres son ordinariamente héroes de profesion. El dividir en dos pedazos á un gigante armado de piés á cabeza, es para ellos una friolera. En cuanto á las mujeres el mismo sol no merece compararse con la mas fea. Los caballos de esta comarca corren con mas celeridad que el viento, y los árboles levantan su copa hasta las nubes.

La capital de esta provincia se llama *Poema Epico*. Está edificada sobre un terreno arenisco y árido que pocas personas se atreven á cultivar. Sus habitantes, y en general los de todo el reino, no son nimiamente escrupulosos sobre la verdad de lo que refieren: entretienen á los extranjeros con cuentos de combates, batallas, amores y hazañas que interesan; y enseñan á los curiosos los mausóleos de Homero, el sepulcro de Virgilio, el monumento consagrado á la memoria del Tasso, y las tumbas de Ercilla, Camoens y Milton. Fuera de la ciudad hay un grande arrabal que llaman de las *Novelas*. Todos sus habitantes son hermosísimos, y las mujeres las mas virtuosas del mundo. Todos han sido viajeros y amantes arrebatados: pasan su vida en continuas funciones, y ningun extranjero sale del arrabal sin haber asistido á cinco ó seis casamientos brillantes.

Desde la salida del arrabal se descubren montañas altísimas, escarpadas y rodeadas por todas partes de precipicios. Esta es la *Tragedia*, país en donde se advierten ruinas de varias ciudades antiguas, y sepulcros de héroes desgraciados. Su atmósfera infunde tristeza y terror, y sus habitantes son sanguinarios en tanto grado, que las mujeres mismas se alegran á la vista de un miserable á quien asesinan, ó que se mata él mismo á puñaladas ó tomando un veneno. Hay en la provincia un grandioso y magnífico palacio llamado *Opera*, que segun se dice, fué fabricado por un mágico italiano. Los

que viven en él todo lo hacen cantando, hasta el morir: visten con mucho lujo, y aunque se les tiene por locos, acuden de todas partes del mundo á oírlos. No muy distante de este grandioso edificio se descubre la antigua ciudad de la *Comedia*. Sus habitantes tienen una inclinacion decidida y un gusto exquisito por la imitacion y la pintura; pero á veces su imaginacion se extravía y pintan mamarrachos. Se complacen en reirse unos de otros, y una de sus gracias principales es la crítica, que á veces suelen hacer de los vicios con acierto.

En la pendiente de un collado se ve otra ciudad llamada *Tragicomedia*. Hubo un tiempo en que pretendió rivalizar con la *Comedia*, entablando tambien pretensiones contra la *Tragedia*; pero hasta ahora sus tentativas han sido inútiles, á pesar de haber tenido muchísimo partido.

La *Poesía alta y baja* están separadas por los vastos desiertos del *Buen juicio*, en donde no se encuentra ni lugar ni aldea, sino solo algunas cabañas diseminadas. El país de la *Poesía baja* es ameno y delicioso, sumamente poblado, pero muchos de sus habitantes están contrahechos, endebles y aun bastante feos.

Cuento.

Dicen que dos se casaron,
Y que la noche de boda,
En quietud la casa toda,
Sus defectos confesaron.

Él dijo: « Ya no ha de haber
Secretos impertinentes;
Postizos tengo los dientes:
Paciencia, *sois mi mujer.* »

Ella quitando el tocado
La peluca á un lado echó,
Y en calabera quedó
Como un guijarro pelado,

Diciendo: « Perdon os pido,
Postizo tengo el cabello;
Ya no hay que pensar en ello:
Paciencia, *sois mi marido.* »

L. DE V.

Profesion religiosa

DE CUATRO NOVICIAS EN LA IGLESIA DE SAN JULIAN EL POBRE, EL 25 DE ABRIL DE 1853.

En uno de los mas antiguos barrios de París, entre las calles de la *Bûcherie*, *Galande* y del *Fouarre*, existe una iglesia pobre, muy poco conocida hoy, y cuyo origen data de los primeros tiempos de la monarquía, que llaman *San Julian el Pobre*.

Parece que esta iglesia existia ya en el siglo VI, época en que vivía en ella una pequeña comunidad de clérigos. Gregorio de Tours habla de éste templo en su historia de Francia, y dice que habitó en el edificio en la corta residencia que hizo en París en 587.

Esta iglesia primitiva fué saqueada repetidas veces, hasta que pereció cuando la invasion de los normandos.

En el siglo XII se reedificó tal como se ve hoy. Aunque pequeña, es bastante regular; su arquitectura es sencilla, pero no carece de elegancia; entónces no prevalecia aun el estilo gótico, de modo que su estilo es romano.

Este templo, que forma parte en el día de las construcciones del hospital llamado el *Hotel-Dieu*, por el lado de la calle de la *Bûcherie*, sirve de capilla para los enfermos que pueden asistir á misa los domingos.

El 25 de abril hubo una fiesta en San Julian el Pobre, de modo que la pequeña iglesia se hallaba adornada con una pompa inusitada; las naves y el santuario se hallaban llenos de gente, y todo anunciaba una solemnidad religiosa.

En efecto, en ese dia cuatro jóvenes novicias debian profesar allí, haciendo el voto religioso de cuidar á los enfermos en el *Hotel-Dieu* de París ó en otros hospitales, ceremonia grave é interesante que causó la mas viva impresion en los asistentes.

A la hora señalada, las cuatro vírgenes se presentaron en la iglesia y se dirigieron al altar, guiadas por la madre priora y la sub-priora, cada una de ellas con un cirio encendido y la frente cubierta con un largo velo blanco, símbolo de la pureza de corazon con que iban á consagrarse á Dios en la persona de los pobres enfermos.

Llegadas al santuario, cuando el sacerdote entonó el primer versículo del *Veni Creator*, las jóvenes se prosternaron la cara contra el suelo, y permanecieron así hasta el fin del himno en el silencio y el recogimiento de la oracion, pidiendo al Señor la luz, la fuerza y la perseverancia, de que sin duda habrán menester en esa carrera santa, aunque penosa, en que querian entrar para siempre por amor á los desvalidos.

Entónces comenzó la misa; luego el superior de la comunidad subió al púlpito, y en una corta exhortacion recordó á las jóvenes la grandeza y la importancia de su vocacion, la fidelidad con que debian cumplir sus juramentos, y las virtudes que deben brillar principalmente en una religiosa enfermera.

Concluida la exhortacion, el sacerdote se colocó delante de ellas, y ántes de proceder á la ceremonia de

su recepcion, les dirigió las siguientes preguntas :

P. ¿Qué quereis, hijas mias?

R. Aunque indignas de tan señalado favor, R. Padre, os suplicamos humildemente que nos recibais en la santa comunidad de nuestras hermanas.

P. ¿Estais bien resueltas á consagraros al Señor por toda la vida?

R. Sí, R. Padre.

P. ¿Estais bien instruidas tocante á los votos esenciales de la religion, y á las reglas é institutos de la casa, y habeis considerado detenidamente la extension del juramento que quereis hacer?

R. Sí, R. Padre, por la gracia de Dios.

Despues vinieron las oraciones y los rezos, cada uno con un sentido particular relativo á las obligaciones de una religiosa enfermera. En estos rezos, que tanto tienen un sello de antigüedad, el sacerdote suplica al Dios omnipotente que bendiga á sus humildes siervas, y les dé las virtudes propias de su estado: la castidad, la pobreza, la obediencia, la caridad con los enfermos, y el olvido y la abnegacion de sí mismas.

Al bendecir los velos negros el velo blanco de las novicias, pronuncia la oracion siguiente :

« Dios mio; tú que eres el jefe y el Salvador de todo el cuerpo de los fieles, santifica estos velos que tus siervas se proponen llevar por tu amor y el de la virgen Maria, tu Madre bienaventurada, á fin de que en el día de la recompensa se hallen como las vírgenes prudentes llenas de vigilancia y de buenas obras, y merezcan que las llesves á las bodas de la felicidad eterna. »

Las novicias se acercan otra vez, y arrojándose se acercan en voz alta é inteligible, en medio del silencio mas profundo, la fórmula de sus votos, que es como sigue :

« En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amen. Juro... con-



Toma de la toca.

» sagro y prometo á Dios, á la bienaventurada virgen Maria, al glorioso Juan Bautista, á nuestro bienaventurado padre san Agustin, nuestros patronos, á todos los santos y santas del paraíso, y á vos tambien, R. Padre, pobreza, castidad y obediencia, y prometo asistir á los pobres toda mi vida en el hospital del Hotel-Dieu de Paris, y en otros hospitales que se me mande, observando la regla de san Agustin, acomodada á nuestro santo estado por sus estatutos y constituciones, debidos al señor Arzobispo de Paris. — Firmado el 25 de abril del año de gracia de 1853. »

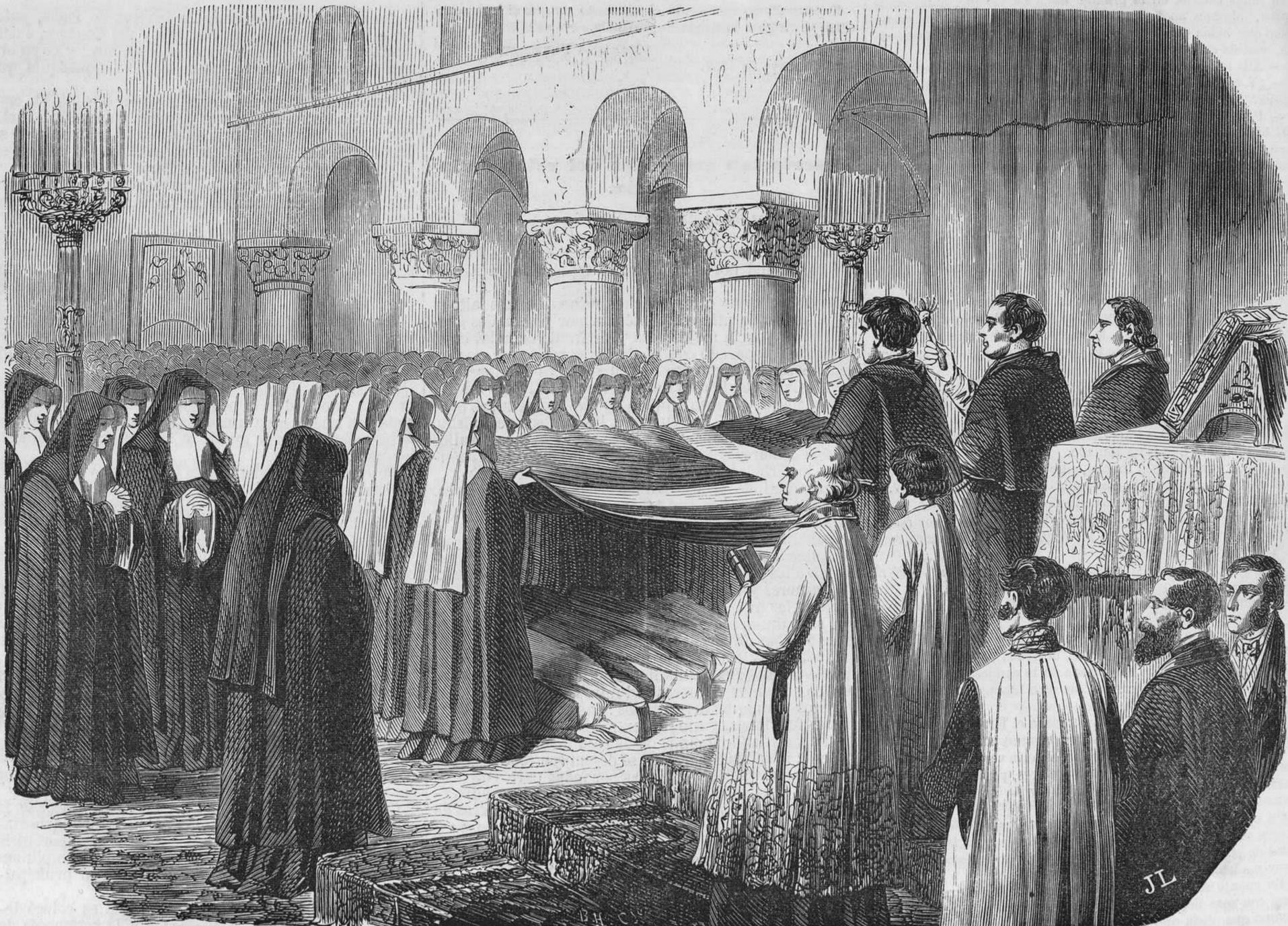
Despues de pronunciados estos votos, despues que llevan el velo puesto sobre la frente, se consideran ya ante Dios y ante los hombres como religiosas enfermeras del Hotel-Dieu.

Vueltas á sus puestos, se prosternaron nuevamente con el rostro en tierra; las demás novicias se acercaron, y colocándose en su derredor, extendieron sobre sus hermanas el paño mortuario, significando la muerte voluntaria á que se consagraban, renunciando al mundo, á sus familias y á su país para sepultarse por todo el resto de su vida entre los muros del antiguo hospital.

Estas nuevas profesas, despues de haber recibido bajo el velo fúnebre la última bendicion, se levantaron del suelo llenas de fe, de valor y de esperanza, y se antonó un *Te Deum* para dar gracias al Señor por las nuevas vírgenes que entraban en su iglesia.

Al retirarse, las jóvenes atravesaron por entre la gente; todo el mundo se hallaba profundamente conmovido; cada cual queria ver el rostro de aquellas hermanas que sacrificaban con tanta generosidad su juventud, su salud y su vida entera, para transformarse en humildes criadas de los pobres enfermos, y todos las acompañaban con sus votos en aquel asilo del dolor donde iban á entrar para siempre.

L. B.



Las profesas cubiertas con el paño mortuario.

Exposicion

DE LOS PRODUCTOS DE LA INDUSTRIA UNIVERSAL EN DUBLIN.

El 12 de mayo de 1853 ha debido tener Dublin su fiesta de la industria, á la que están convidadas todas las naciones industriales. Hace pocos meses aun, uno de los hombres mas importantes de la Irlanda, M. Dargan, tuvo la idea de que su país habia de disfrutar de todas las ventajas de una grande exposicion universal, y para los primeros gastos de esta vasta empresa consagró una suma de 1,250,000 frs.

Inmediatamente se elevó como por encanto un hermoso palacio de cristal en la hermosa pradera que hay en frente de *Merrion square*; tres naves de 425 piés ingleses de longitud en forma de cúpulas, y unidas entre sí por medio de galerías laterales, completan el conjunto de este hermoso edificio. La elevacion de la cúpula central es de mas de 100 piés, y las laterales tienen cada una 65 piés de altura; la anchura total de las construcciones es de 300 piés.

Todos los pueblos han oido el llamamiento de la *Verde Erin*, y han enviado al momento las mejores muestras de sus industrias respectivas. Es verdad que no habia medio de resistir á las instancias: la comision irlandesa hacia desaparecer todas las dificultades; en beneficio de la industria extranjera, la aduana consentia en no cobrar derechos de ninguna especie; el camino de hierro llevaba casi gratuitamente hasta la mar los productos que, apénas entrados en el buque, principiaban á disfrutar de las ventajas de la hospitalidad irlandesa, esto es, se desembarcaban y eran instalados en el suntuoso palacio que se les destinaba; por último, la comision, imponiendo la obligacion de que se marcara el precio de venta en cada artículo, ofrecia á los fabricantes los medios de elevar la reputacion de su industria, y de extender las salidas, reuniendo de este modo la distincion honorífica con el beneficio material que deben reportar á los fabricantes.

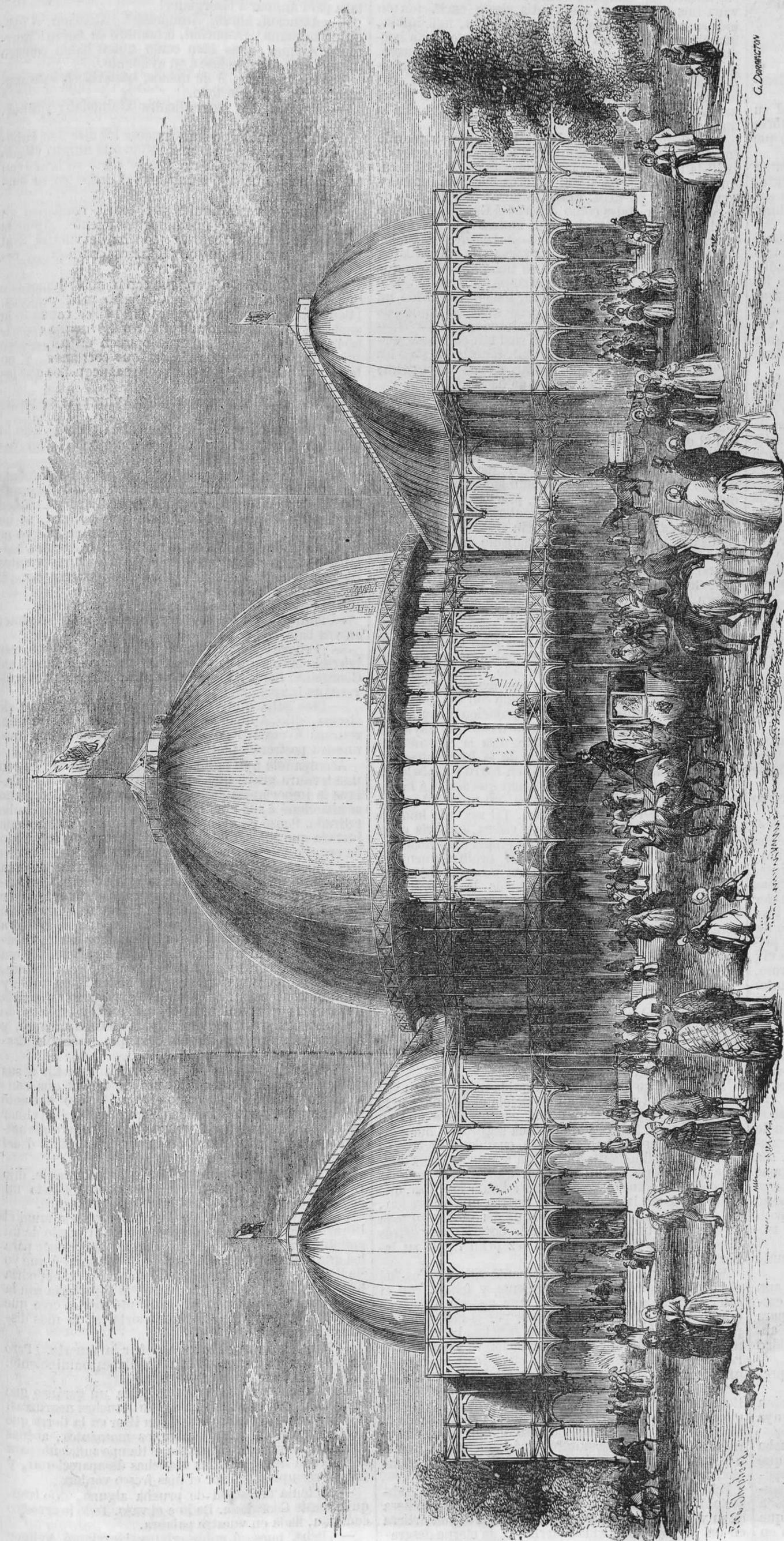
Las primeras invitaciones de la exposicion irlandesa han sido para la Francia; además la comision se apresuró á ofrecer á M. Sallandrouze de Lamornaix, ex-comisario general del gobierno en la exposicion de Lóndres, la presidencia del jurado francés encargado de la eleccion de los productos, que debian representar la industria francesa en la exposicion de Dublin. Los principales industriales no tardaron en responder al llamamiento de la comision irlandesa, y la Francia, en Dublin como en Lóndres, llamará la atencion por el buen gusto, la perfeccion y variedad infinita de sus producciones: artistas é industriales estarán allí bien representados.

Se debe desear con ahinco que se repitan estas grandes exposiciones en los principales puntos del globo, porque ha llegado el tiempo en que las rivalidades de los pueblos, abandonando las sangrientas tradiciones del pasado, no deben manifestarse ya sino en esas luchas que provocan y desarrollan las ideas de orden, de paz, de progreso y de civilizacion.

Pocas naciones hay que puedan ganar como la Francia en esos torneos pacíficos en donde se triunfa por el gusto, por la inteligencia y por el sentimiento del arte. Los productos franceses, cuya forma varia sin cesar, y cuyas cualidades esenciales son la bondad y la perfeccion, deben ganar mucho haciéndose conocer; y así tambien la Francia dará vuelo á su genio industrial, y aumentará mas y mas las influencias que tiene su capital para los extranjeros pudientes.

Conociendo cuales son las necesidades de la época, y la tendencia de los espíritus, el Emperador ha tomado bajo su proteccion esa exposicion, enviando á Dublin hermosas muestras de porcelanas y tapices de las manufacturas imperiales de Sevres, de los Gobelins y de Beauvais.

Con tales elementos la exposicion irlandesa deberá ofrecer ventajas materiales que sabrán apreciar los exponentes; la comision irlandesa parece decidida á emplear toda su influencia para vender las mercancías expuestas, convirtiendo su templo industrial en una de esas grandes ferias en donde la edad media hallaba las mejores salidas para los productos de su trabajo. G. F.



Fachada del palacio de la exposicion universal en Dublin.

La mano roja,

POR NATHANIEL HAWTHORNE.

(CONCLUSION.)

— ¡Ciertamente es una cosa mágica! exclamó Georgiana. No me atrevo á tocarla.

— Cortadla, dijo Aylmer, cortadla, y respirad su perfume hasta que lo conserve. La flor va á marchitarse al momento, sin dejar mas que un grano negruzco que podrá perpetuar este género efímero.

Pero apenas la hubo tocado Georgiana, la planta entera se marchitó, y sus hojas se volvieron negras como el carbon, como si las hubiera quemado el fuego.

— Mi estimulante era demasiado fuerte, dijo Aylmer distraidamente.

Para reemplazar esta abortada experiencia, propuso á su mujer el hacer su retrato por medio de un procedimiento de su invencion. Este retrato debía reproducirse en una placa de metal bruñido, á influjo de los rayos solares. Georgiana consintió en ello espontáneamente.... Pero al contemplar el resultado, se asustó viendo sus facciones confusas y ennegrecidas; en vez de la mejilla solo se percibía una manecita. Aylmer cogió la placa de metal, y la echó en una vasija llena de un ácido corrosivo.

Pero pronto olvidó estas desgraciadas experiencias. En los intervalos de sus estudios y operaciones, venia encendido y cansado al lado de Georgiana, junto á la cual parecia animarse de nuevo, hablando con calor de los recursos de su arte. Contóle la historia de la dinastía de los alquimistas, que pasaron tantos siglos buscando el disolvente universal, que debía dar por resultado la extraccion del oro de las mas viles y bajas materias. Aylmer creia, que, de acuerdo con la simple lógica de la ciencia, estaba en los límites de lo posible el hallar este medio tanto tiempo hacia buscado; pero añadia, que el fisico que fuera bastante hábil para adquirir este poder, tendria tambien la sublime discrecion de no rebajarse hasta egercerlo. Su opinion acerca del elixir de la vida no era ménos singular. Decia, que no necesitaba mas que querer para componer un licor que prolongase la vida muchísimos años — quizá indefinidamente; — pero que esto acarrearía tal desórden á la naturaleza, que todo el mundo, y especialmente el bebedor del elixir de inmortalidad, tendria motivo de maldecirlo.

— ¿Hablais seriamente, Aylmer? preguntó Georgiana, mirándolo con una admiración mezclada de temor. ¡Terrible es poseer semejante poder, ó solamente soñar que se posee!

— ¡Oh! no temblais, mi dulce amiga. Yo no quiero prolongar nuestra vida en la tierra á riesgo de tales trastornos. Pero, pensad cuánto mas fácil me será hacer desaparecer esa manecita.

Al mencionar el signo fatal, Georgiana tembló, como si un hierro candente le hubiera tocado la mejilla.

Aylmer volvió á sus trabajos. Aunque separada de él por muchas piezas, Georgiana oia las órdenes que daba á Aminadab, cuya voz respondía desde el hornillo, ronca, extraña, y mas parecida al gruñido de un bruto, que al lenguaje de un hombre. Despues de algunas horas de ausencia, Aylmer volvió á proponer á su mujer que visitara el gabinete donde habia reunido sus productos químicos mas raros, y diversas muestras de los tesoros arrancados del seno de la tierra. Entre los primeros, le enseñó un frasquito, en el cual, decia él, habia encerrado un perfume suave, pero muy poderoso, puesto que era capaz de impregnar todos los vientos que soplan en la extension de un vasto reino. Esta esencia era de un precio inestimable; esparció en el aire algunas gotas, y llenó la habitacion de un olor delicioso y fortificante.

— ¿Y que es esto? preguntó Georgiana, señalando á un globo de cristal que contenía un licor de color de oro. Tan hermoso es, que estoy por creer que es el elixir de la vida.

— Mejor diréis, el elixir de la inmortalidad. Ese es el veneno mas precioso que se ha compuesto en la tierra. Con él, podria yo fijar la duracion de la existencia de cualquier hombre que me designarais. La cantidad de la dosis determinaria si habia de apagarse con lentitud, ó morir de repente. Ningun monarca sentado en su trono, y rodeado de su guardia podria conservar la vida, si supiera yo, en mi humilde posición, que dependía de su muerte el bienestar de millones de criaturas.

¿Para qué conservais tan terrible veneno? preguntó Georgiana horrorizada.

— No desconfieis de mí; su virtud benéfica es aun mayor que su destructor poder. Pero mirad este cosmético. Algunas gotas en un vaso de agua bastan para quitar las manchas rojas. Una infusion mas fuerte absorberia la sangre de las mejillas, y dejaria á la beldad mas bermeja, tan pálida como un fantasma.

— ¿Vais á lavar mi cara con esta composicion? preguntó Georgiana con inquietud.

— ¡Oh! no, respondió su marido, porque solo obra superficialmente, y vuestro caso exige un remedio, cuya virtud penetre muy adentro.

En sus entrevistas con Georgiana, Aylmer averiguaba siempre con escrupuloso cuidado las sensaciones que experimentaba, y si esta vida de reclusion y la temperatura de aquella atmósfera le convenian. Sus preguntas eran tan singulares, que Georgiana comenzó á creerse sometida á ciertas influencias medicinales que respiraba con el aire embalsamado, ó que absorbía en

sus alimentos. Imaginóse tambien, — tal vez era una vana imaginacion, — que sentia cierta excitacion en toda su economía, una sensacion extraña, indefinible, que circulaba por sus venas, produciéndole cierto hormigueo en el corazon, juntamente agradable y doloroso. Sin embargo, cuando tenia valor para consultar su espejo, se veía siempre pálida como una rosa blanca, con la mano roja grabada en la mejilla. ¡Oh! en aquel momento, Aylmer mismo no odiaba tanto como ella la marca fatal.

Para disipar el fastidio de las horas que su marido consagraba á sus procedimientos de combinacion y de análisis, Georgiana hojeó los volúmenes de su biblioteca. En muchos sombríos y viejos libros encontró capítulos romancescos y poéticos. Eran las obras de los físicos de la edad media, tales como Alberto el Grande, Cornelio Agrippa, Paracelso, y el monje famoso que inventó la profética *cabeza de bronce*. Todos estos naturalistas marchaban delante de su siglo, conservando, no obstante, cierta dosis de la credulidad de su tiempo, de modo que creian, tal vez tan firmemente como el vulgo, que á fuerza de estudiar la naturaleza, habian adquirido un poder sobrenatural, y el imperio sobre el mundo de las inteligencias. Los primeros volúmenes de las *Trasacciones de la sociedad real* eran casi tan curiosos, porque los miembros de esta sociedad, conociendo poco los límites de lo posible, no habian cesado de registrar milagros, ó de proponer medios de hacerlos.

Pero el volumen que mas le interesó, fué un gran infolio, en el que su marido habia escrito de su propio puño todos los experimentos de su carrera científica, con el objeto que se habia propuesto en su origen, los elementos para conseguirlo, su buen ó mal éxito, y las causas á que atribuía uno ú otro. Este libro era, al mismo tiempo, la historia y el emblema de su vida ardiente, ambiciosa, imaginativa, práctica y laboriosa á la vez. Trataba de las cosas materiales, como si no tuviera nada fuera de ellas; y sin embargo, las espiritualizaba, y evitaba el materialismo con su viva y fuerte aspiracion hácia lo infinito. En su mano, el átomo mas pequeño revestia una alma. Á medida que leía, Georgiana respetaba y amaba á Aylmer mas que nunca, aunque con ménos confianza que ántes en la infalibilidad de su juicio. Por grandes que fueran las cosas que él habia hecho, no podia prescindir de observar que sus mas brillantes triunfos eran casi derrotas, comparados con el ideal que se habia propuesto. Sus mas hermosos diamantes eran solo viles guijarros al lado de la inestimable pedrería que existía fuera de su alcance. Este volumen, enriquecido con los descubrimientos que habian labrado la reputacion de su autor, era, por otra parte, el diario mas triste que haya trazado jamás la mano del hombre. Era la mortificante confesion y la prueba continua de la impotencia humana, — este espíritu encerrado en barro y trabajando la materia, — y de la desesperacion que asalta á la naturaleza superior contemplándose tan miserablemente contrariada por la parte terrestre. Tal vez todo hombre de genio, cualquiera que sea su esfera, hallaria en el diario de Aylmer la imagen de su propia existencia.

Estas reflexiones afectaron tan profundamente á Georgiana, que inclinó la cabeza sobre el libro, y prorumpió en llanto. En este estado la encontró su marido.

— Es peligroso leer los libros de un mago, dijo sonriéndose, aunque su fisonomía reveló inquietud y descontento. Georgiana, en ese volumen hay páginas que me es difícil leer sin perder un poco la razon. Tened cuidado, no sea que os hagan mal.

— No han hecho mas que hacerlos mas estimable á mis ojos.

— Aguardad el éxito de este experimento; despues me honraréis si gustais. Casi me creeré digno de ello, cuando la victoria haya coronado mis esfuerzos.... ¡Pero yo he venido para gozar del encanto de vuestra voz, mi querida amiga!

Al punto hizo ella brotar la líquida música de su voz para apagar la sed de su alma. Dejola él despues con la exuberante alegría de un niño, asegurándole que su reclusion seria breve, y que estaba seguro del buen resultado. Apenas se habia alejado, cuando Georgiana se sintió irresistiblemente impelida á seguirlo. Habia olvidado el hablarle de un síntoma que, dos ó tres dias ántes, habia comenzado á llamar su atencion. Era, que en el punto de la marca fatal, notaba una sensacion, no precisamente dolorosa, pero que derramaba en toda su existencia una vaga inquietud. Corrió pues, detrás de su marido, y penetró por la vez primera en su laboratorio.

El objeto que atrajo primeramente sus miradas fué el hornillo, este trabajador ardiente y febril, con el color encendido de su lumbre, que parecia arder por espacio de muchos siglos, á juzgar por el hollin de sus paredes. Un aparato distilatorio funcionaba en aquel momento. Al rededor de la habitacion se veian tubos, redomas, cilindros, crisoles y otros instrumentos de química. Una máquina eléctrica estaba preparada en caso de necesidad. La atmósfera era pesada, sofocante, llena de gases extraídos, con mucha pena, de materias atormentadas por la ciencia. La severa sencillez de la pieza, las desnudas paredes, el piso enladrillado, extrañaba á Georgiana, acostumbrada á la elegancia fantástica de su retrete. Pero lo que mas le llamaba la atencion era el mismo Aylmer.

Estaba este pálido como un cadáver, inquieto, abortado, é inclinado hácia el hornillo, como si dependiera de su vigilancia que el licor que destilaba se convirtiera en un brebaje de felicidad eterna, ó de eterna desgra-

cia. ¡Cuán diferente del aire alegre y confiado que afectaba para animar á Georgiana!

— ¡Atencion, ahora, Aminadab! ¡Atencion, ó máquina humana! ¡Atencion, ó hombre de barro! murmuró Aylmer, mas bien como quien habla consigo mismo, que dirigiéndose á su ayudante.

Una idea de mas, ó de ménos, bastaria en este momento para perderlo todo.

— ¡He, he! dijo entre dientes Aminadab; ¡mirad, señor, mirad!

Aylmer levantó apresuradamente los ojos, se ruborizó al pronto, y se puso mas pálido que nunca, viendo á Georgiana. Lanzóse hácia ella, y cogió su brazo con tal violencia, que dejó señalados los dedos en su sonrosada carne.

— ¿Porqué venis aquí? ¿no teneis confianza en vuestro marido? exclamó impetuosamente. ¿Quereis comunicar á mi trabajo la mancha de vuestra fatal marca? Eso no es justo. ¡Retiraos, curiosa.... retiraos!

— No, Aylmer, dijo Georgiana con la noble firmeza de que estaba dotada; no teneis derecho para quejaros. ¡Desconfiais de vuestra mujer! Me habeis ocultado la ansiedad con que proseguís el curso de vuestro experimento: ¡No tengais tan mala opinion de mí, esposo mio! decidme todos los riesgos que corremos, y no temais que tiemble; ¡los míos son mas pequeños que los vuestros!

— No, no, Georgiana, repuso Aylmer; ¡no puede ser!

— Me someto, replicó ella con calma. Beberé todo lo que me ofrezcais, Aylmer; pero como beberia un veneno que me presentarais.

— ¡Noble esposa mia! dijo Aylmer, profundamente conmovido. Hasta ahora no he conocido toda la grandeza de vuestro carácter. Nada os ocultaré ya. Sabed que esa mano roja, por superficial que parezca, se ha grabado en vuestro ser con una fuerza de que yo no tenia ninguna idea. Ya os he hecho tomar agentes bastante poderosos para todo, excepto para alterar vuestra constitucion. Un medio solo me queda por ensayar. ¡Si falta, somos perdidos!

— ¿Porque habeis dudado en decírmelo?

— Porque es peligroso, Georgiana, respondió Aylmer en voz baja.

— ¡Peligro! no hay mas que uno, ¡el de que esta horrible marca quede sellada en mi mejilla! exclamó Georgiana. Borrada á toda costa.... ó los dos nos volveremos locos.

— Dios sabe que vuestras palabras son demasiado ciertas, dijo Aylmer tristemente. Ahora, amiga mia, retiraos á vuestro gabinete. Dentro de poco harémos nuestra postrera tentativa.

Acompañóla á su habitacion, y despidióse de ella con una ternura grave que expresaba mejor que las palabras la importancia de lo que se preparaba. Georgiana se abandonó á sus imaginaciones, despues que se hubo retirado. Pensó en el carácter de Aylmer, y le hizo mas justicia que ántes. Su corazon estaba conmovido y lleno de orgullo viendo que no se conformaba él con un objeto imperfecto, y que no podia contentarse con una naturaleza ménos etérea que la que se habia imaginado. Comprendia cuanto mas precio tenia este amor que el sentimiento vulgar que hubiera soportado la imperfeccion en la mujer amada, y que se hubiera hecho culpable de traicion contra el amor santo, rebajando su ideal al nivel de la realidad terrestre. De esa manera, oró con toda su alma para que se realizara, aunque no fuera mas que por un instante, su noble y sublime concepcion. Bien sabia ella que esto no podria durar mas que un instante, porque el espíritu de Aylmer, siempre en movimiento, se elevaba siempre, y á cada instante pedia alguna cosa que no habia descubierto en el momento anterior.

El ruido de los pasos de su marido puso fin á sus pensamientos. Venia con un vaso de cristal que contenía un licor tan claro como el agua, pero bastante brillante para ser una bebida de inmortalidad. Aylmer estaba pálido, mas á consecuencia de una grande agitacion del espíritu, que por efecto de la duda ó del temor.

— La destilacion se ha verificado perfectamente, dijo respondiendo á la mirada de Georgiana. Si toda mi ciencia no es una ilusion, el buen éxito es seguro.

— Sino por vos, querido Aylmer, me seria igual el librarme de este signo, despojándome al punto de mi envoltura mortal. La vida es un goce muy triste para los que alcanzan el grado de desarrollo moral á que yo he llegado. Si fuera mas débil ó ciega, la vida podria hacerme feliz. Si fuera mas fuerte, la soportaria con la esperanza. Pero viendo tal como me siento, creo que estoy, entre todas las criaturas mortales, la mas dispuesta á morir.

— Mereceis ir al cielo, sin sufrir la muerte. ¿Pero porqué hablar de morir? La bebida es omnipotente. ¡Mirad su efecto en esta planta!

En el alfeizar de la ventana habia un geráneo que tenia todas sus hojas salpicadas de manchas negruzcas. Aylmer vertió algunas gotas de su licor en la tierra que lo alimentaba. Al cabo de algunos momentos, apenas tuvieron las raices de la planta el tiempo suficiente para absorber la humedad, las manchas desaparecieron, y fueron reemplazadas por el mas fresco verdor.

— No tenia necesidad de prueba alguna, dijo tranquilamente Georgiana. Dadme el vaso. Todo lo arrostró contenta, fiada en vuestra palabra.

— ¡Bebe, pues, ó noble criatura! exclamó Aylmer

Con ardiente admiración. Tu espíritu es perfecto, y tu cuerpo lo será también muy pronto.

Georgiana bebió, y devolvió á su marido el vaso vacío.

— ¡Qué licor tan delicioso! dijo con apacible sonrisa. Parece agua cogida en celestial fuente, á juzgar por el perfume dulce y delicado que contiene. Con ella acaba de apaciguarse la sed ardiente que me devoraba hace días. Ahora, amigo mío, dejádmelo dormir. Mis sentidos se repliegan á mi alma, como se repliegan al corazón los pétalos de una rosa al ponerse el sol.

Con cierto esfuerzo pronunció estas últimas palabras, como si necesitara más energía que la que pudiera reunir para articularlas. Apenas salieron de sus labios, se quedó profundamente dormida. Aylmer se sentó junto á ella, contemplándola con la emoción de un hombre, cuya existencia depende de lo que va á pasar. Se veían sin embargo en él algunos vestigios de esa investigación filosófica propia de un sabio. Ningún síntoma podía pasar desapercibido de él. Un rojo más vivo en la mejilla, una ligera irregularidad en la respiración, un movimiento de la pupila, un estremecimiento de todo el cuerpo, tales eran los detalles que apuntaba en su infolio. Cada una de las páginas de este volumen encerraba un pensamiento absorbente, pero en esta página final se hallaban concentrados los pensamientos de un gran número de años.

No obstante, Aylmer no dejaba de mirar de cuando en cuando la mano roja, aunque no sin cierto terror involuntario. Pero una vez, no pudo prescindir, por un impulso extraño é inexplicable, de acercarse á ella sus labios. Al mismo tiempo, su corazón se sublevó, Georgiana se agitó con inquietud en medio de su profundo sueño, y pronunció cierto murmullo de queja. Aylmer siguió, no en vano, su vigilia. La mano roja, al principio tan distinta sobre la palidez marmórea de la mejilla de Georgiana, comenzó á obscurecerse. Georgiana continuaba tan pálida como antes, pero la marca palidecía también. La presencia de esta mano había sido terrible, su desaparición fué más terrible todavía. Como desaparece el arco iris del cielo, así desapareció este emblema misterioso.

— ¡Ah! ¡ya se ha borrado completamente! dijo Aylmer con indecible trasporte. Apenas la distingo ya. ¡Victoria! ¡victoria! la manecita ha perdido su color encendido, y la menor animación de su mejilla la haría desaparecer completamente. ¡Pero Georgiana está tan pálida!

Descorrió las cortinas de la ventana, y dejó que bañara la luz del día la mejilla de su mujer. En este instante llegó á sus oídos una risotada ronca y grosera, expresión para él muy conocida de la alegría de Amindab.

— ¡Ah, arcilla! ¡ah, materia! dijo Aylmer riendo con cierto delirio. ¡Tú me has servido bien! El espíritu y la materia, la tierra y el cielo han tenido parte en este triunfo. ¡Ríe, pues, materia! ríe, porque tienes derecho para hacerlo.

Estas exclamaciones pusieron término al sueño de Georgiana. Abrió lentamente los ojos, y se contempló en el espejo que su marido le presentaba. Una leve sonrisa asomó á sus labios, observando que la mano roja, poco ha tan brillante para eclipsar su felicidad, casi era ya imperceptible. Pero muy pronto buscaron sus miradas las de Aylmer con una turbación y ansiedad que no podía este comprender.

— ¡Mi pobre Aylmer! murmuró Georgiana.
— ¡Pobre! ¡no, rico! ¡dichoso! exclamó Aylmer.
¡Mi incomparable belleza, he triunfado! ¡ya sois perfecta!

— ¡Mi pobre Aylmer! repitió ella con ternura. ¡Vuestro objeto era sublime! Habéis obrado noblemente. No sintáis pues, si con un sentimiento tan puro y elevado habéis echado de la tierra lo mejor que esta os ofrecía. ¡Aylmer! ¡querido Aylmer, me muero!

¡Ay! ¡por desgracia era demasiado cierto! La fatal mano roja estaba enlazada misteriosamente con su vida; era un espíritu angélico encerrado en mortal materia. En el momento en que la última tinta sonrosada del signo de nacimiento — esta única señal de imperfección humana, — desaparecía de su rostro, el último suspiro de la mujer, ya perfecta, se desvanecía en la atmósfera, y su alma, después de haber vagado un instante al rededor de su marido, se remontó á los cielos. Otra carcajada ronca y grosera volvió á oírse. De este modo celebra la fatalidad terrestre su triunfo sobre la inmortal esencia, que aspira en esta oscura esfera á la perfección de una existencia superior. Pero si Aylmer hubiera sido más discreto, no hubiera malogrado la dicha, que le hubiera ofrecido días semejantes á los celestiales. Desgraciadamente no pensó más que en el presente. No dirigió sus miradas más allá de los sombríos dominios del tiempo; y no sabiendo vivir de antemano en la eternidad, no pudo hallar en lo presente la perfección de lo futuro.

La buena y la mala fortuna.

CUENTO POPULAR ANDALUZ,

RECOGIDO POR FERNAN CABALLERO.

FERNAN. Tío Romance, hoy necesito que me cuente V. un cuento.

TIO ROMANCE. ¿Otra tenemos? Señor D. Fernan, ya

le he dicho á su mercé que lo que yo cuento no son cosas de papel, sino de idea.

FERNAN. Y yo he respondido que no le hace; así, adelante.

TIO ROMANCE. Señor, si son cosas de por la calle. FERNAN. Tío Romance, á cada cual se le debe complacer á su gusto, y le digo á Vd. que me complace, y mucho, contándome un cuento.

TIO ROMANCE. No me diga Vd. mas, señor, que me ha cogido su mercé la blanda, y no hay que respingar. Tengo ya la memoria muy descolorida, y de muchas cosas no me queda sino un visito; pero en fin, echaré mano á cosa reciente (1).

Sobre una peña que está á los piés de una sierra, se ha encaramado y asentado un pueblo, á modo de nido de cigüeñas sobre una torre; no diré su nombre, que se cuenta el milagro sin mentar al santo.

Vivían en él dos hombres, á los que habían tomado por su cuenta la buena y la mala fortuna. Habíanle puesto al uno D. José el Colmado, y al otro tío Juan Miseria. Principió D. José por vender por las calles lienzo y paño fino; puso despues una tienda, luego se metió á pelantrín, y soplandole sin tomar resuello la buena fortuna, crió un caudal de los más vastos del pueblo. Era el señor bien quisto, porque no era estéril ni agarrado, sino limosnero y buen cristiano. Los dineros no lo habían hinchado, ni el mucho tener engreído; no era pechisacado, sino llano como camino real. No tenía humo ni gastaba términos curruscantes, como les sucede á mas de cuatro que hablan supuesto, y todo aquello no es suyo, y por mas que se estudien, á lo mejor salen con una patochada, porque siempre la última palabra al centro va; resumidamente, eran D. José y los suyos buenas gentes, y en su casa, como en la de S. Basilio, eran todos santos, hasta el aguador.

En casa de Miseria, como que en donde no hay harina todo es mohina, lo que había era hambres, desnudeces, grescas, chiquillos llorando, y sopapos para acallarlos.

Mandó un día D. José á llamar á Miseria, que apareció que no se le podía agarrar ni con unas tenazas, ni hablar sino de verano (2), y se habría podido dar media peseta por no verlo. Traía un gesto que era menester darle de léjos el quien vive. Dijo al entrar:

— Alabado sea Dios: Dios guarde á su mercé, señor D. José.

— ¡Y á tí también, hombre; qué mal enjestado y que frondio vienes!

— Ya, señor; si tengo dos varas de hambre y traigo las tripas que se quieren comer unas á otras; y barriga vacía, todo es sequía. Para eso que está su mercé tan esponjado y tan satisfecho, como que barriga llena á Dios alaba.

— Verdad es que no puedo quejarme.

— Ya lo creo que puede su mercé estar requinto (3), como que siempre le sale el pegujar á veinte y le carga la marrana (4), no que yo soy la prosulta (5) de la desdicha.

— Juan, en este mundo siempre ha habido, hay y habrá quien ría y quien llore; pero vengamos al caso. Te he mandado á llamar para que vayas al palacio de la fortuna y le digas de mi parte á la mía, que estoy satisfecho, y que no quiero mas; y te daré por tu mandado 200 reales con que te remedies.

En lugar de acoger con aleluya la buena propuesta, y una ocasión como en su vida se le había venido otra á las manos, le entró á Juan Miseria la codicia, y le dijo á D. José:

— ¡Qué, señor! doscientos reales no son para levantar ni agachar á nadie; mire su mercé que el palacio de la fortuna está empingorotado allá donde Cristo dió las tres voces y nadie las oyó. Si me voy por el cañal me he de mojar, y si por las breñas me he de hallar con lobos y malas veredas; déme su mercé siquiera trescientos reales, que bien lo vale el mandado.

A D. José bien se le previnieron las triquiñuelas de Juan Miseria; á pesar de eso, le dijo que le daría doce duros, y quedaron convenidos. Pero al salir, como que ya le había entrado á Juan Miseria la codicia, se volvió atrás, y le dijo á D. José, que doce duros era poco.

— ¿Quieres nueve? le contestó con mucha pachorra D. José.

— ¿Señor, se está su mercé burlando? dijo Juan Miseria; ¡con qué no quiera ir por doce é iría por nueve!

— Pues no vayas, dijo D. José.

Miseria, al oír esta respuesta, se descajalaró.

— ¿Y qué, me voy á quedar sin esos nueve duros que tanta falta me hacen? pensó el pobre, y volviéndose atrás le dijo al Colmado que iría por los nueve.

— ¿Quieres seis? le respondió D. José.

— Buen subir es de pregonero á verdugo, le respondió Juan Miseria; por los seis no voy ni hecho trizas.

— Pues no vayas, dijo D. José.

Juan Miseria se fué; mas apenas llegó á la calle, cuando lo pensó mejor, pues el dinero le hacía mucha falta. Los ricos son los que matan ó sanan, dijo para su chaleco, y no hay sino agachar las orejas. ¡Ojalá hubiera ido por los doce! Bien dice el refrán, que la

(1) Y tan reciente, que ahora poco vivían los dos tipos que presenta este cuento. Si dicen los franceses que en París corre la agudeza por las calles, con tanta más razón podemos decir nosotros que pasea por los campos en Andalucía.

(2) De léjos.

(3) Contento, aventajado.

(4) Parir muchos lechones la cochina, tener suerte.

(5) Non plus ultra.

codicia rompe el saco. Volvióse atrás y le dijo al Colmado:

— Señor D. José, la necesidad carece de ley, voy por los seis estéticos.

— ¿Quieres tres? le respondió el rico.
— El demonio que se rompa un par de zapatos y quizás la crisma, subiendo por esos vericuetos por tres malvados de duros! ¡Vea Vd.! ¡valiente puñado son tres moscas! Con Dios, D. José.

— Hasta mas ver, hijo.

Apenas estuvo Juan Miseria en la calle cuando pensó: ¿me he de quedar sin esos sesenta reales, yo que no tengo un cuarto, ni de dónde sacarlo?

Volvióse de prisa atrás, y gritó desde la puerta:

— D. José, mire Vd. que voy por los tres endinos de duros.

— ¿Quieres uno? dijo el rico.
— Sí señor, respondió Juan Miseria mas súbito que un pistoletazo, y echóse en seguida á correr antes que D. José renovase su propuesta.

Después de subir y bajar por todo un día por esos vericuetos, llegó á una peña tan alta y tan enriscada, que no tenía ni vereda de cabra, y hasta los rayos del sol se resbalaban en ella.

En el pinacho estaba encaramado el palacio de la fortuna, que era de alabastro legítimo, con puertas de oro puro. Cuando acabó de trepar y llegó á la cumbre entró en un patio como una plaza real, lleno de flores de todo el año, de frutales de todas estaciones, y de yerba siempre verde.

Empezó á llamar á voces á la fortuna de D. José el Colmado. Presentósele entonces una moza que le decía al sol quítate allá, lozana, blanca, rubia, cada mejilla parecía una rosa de á libra, y cada ojo una estrella planeta; traía mas faraloes que un tejado, y mas perendengues que tienda de joyero.

— ¿Qué me quieres? preguntó la moza muy fantástica.

— Aquí me envía D. José el Colmado para que le diga á su mercé de su parte que está satisfecho y no quiere mas; ¿se entera Vd., resalada sandunguera?

— Pues dile tú de la mía, respondió la buena moza, que le he de dar, quiera que no, hasta que se muera, porque así me da mi real gana, ¿estás? y ahora vuélvete por donde has venido, que me empestas mi palacio á miseria.

— ¿Y no tiene ese esportón de rosas un favorcito para mí, mas que sea del tamaño de un cuarto de especias?

— Yo no soy tu fortuna y nada puedo por tí, le respondió la buena moza; pero aquí, á espaldas de mi palacio, está el de la tuya, anda, y platica con ella.

Y con eso se fué bailando como un trompo y cantando como un canario.

Salióse Miseria dando zancajadas, dió la vuelta al palacio, y se halló con el de su fortuna.

Era esta morada un derrumbo de piedras mas negras que mi corazón, que tenían entre cada grieta una vivora y en cada hendidura una culebra.

— ¿Con qué aquí es donde mora la fortuna mía? dijo Juan Miseria; tal el pájaro, tal el nido; voy á llamarla, que ganas tengo de ver su repulía cara.

Y se puso á dar voces.

Salió al punto de entre los escombros una vieja mas fea que la que engañó á S. Anton, y apedreó á S. Estéban (1), con una boca sin dientes y unos ojos pitafiosos sin pestañas.

— ¿Qué me quieres? preguntó la vieja con una habla que parecía una matraca.

— Mandarte al demonio como una condenada que eres, respondió Juan Miseria.

— Pues sábetelo, dijo la vieja, que porque me cogistes dormida has ganado un duro.

Pues si no me hubiese cogido dormida, Ni por los veinte reales venias.

Los criaderos de la California.

Los terrenos auríferos, á consecuencia de un invierno que, por espacio de muchas semanas, ha tenido valles y montes cubiertos de agua y nieves, han sufrido grandes cambios en su riqueza. Se puede decir que han cambiado de piel como la culebra; así, unos, que parecían agotados, brillan con nuevo esplendor con el sol de la primavera, mientras que otros depósitos, ricos hasta ahora, no rinden nada, defraudando las esperanzas y cálculos de los mineros. La Providencia parece que ha querido así alterar y repartir las probabilidades de hallar el oro al azar é improvisamente. En su conjunto, esta revolución geológica es ventajosa, porque nunca ha dado tanto oro la California como desde la vuelta del buen tiempo. El reposo de algunos días le ha restituido, al parecer, la frescura juvenil, y la seguridad de no ser vencida por su hermana menor la Australia.

Estos detalles los sacamos, con la vista de los mas notables criaderos, de la interesante obra que publica actualmente M. Saint-Amant, enviado por el gobierno á Oregon y á California, donde ha pasado los años de 1851 y 1852, visitando aquellos países.

(1) Este dicho es un anacronismo, pues S. Estéban sufrió su martirio por los años 34, y S. Antonio Abad murió año 361; quizás indique la personificación de la mala vieja.

Las láminas están sacadas de los daguerreotipos ejecutados por el inteligente explorador, y que como tales llevan el sello de la mas perfecta exactitud.

Coloma, donde se descubrió el oro por la vez primera en el taller de aserrar madera del capitán Sutter, está en la vertiente de Sierra-Nevada, á 55 millas de esta desgraciada ciudad de Sacramento, que acaba de ser sucesivamente quemada y sumergida en el corto período de seis semanas; incendiada el 3 de noviembre, y anegada el 19 de diciembre por haberse roto los diques, las casas de madera presa de las llamas; las de adobe disueltas por el agua; un solo edificio de ladrillo y hierro, el teatro americano, habia resistido á los dos elementos, pero estaba escrito que no sobreviviria; así, á consecuencia de una noche muy fria, su tejado de zinc, no pudiendo soportar una presión de mas de cinco piés de nieve, se aplanó, produciendo la separación de las paredes del edificio. Y sin embargo, el que visitara á estas horas al Sacramento, tendria razon para no creer en tales estragos. En pocos dias, la actividad americana ha levantado estas ruinas en provecho de sus habitantes. Estos podrán enriquecerse donde sus antecesores solo hubieran hallado escombros y miseria.

Tal es la condicion diversa de los proletarios de aquellos países, trabajando todos igualmente, aunque con diferente fortuna, para el progreso y adelanto de un pueblo que, gracias á su oro, saca nuevos elementos de



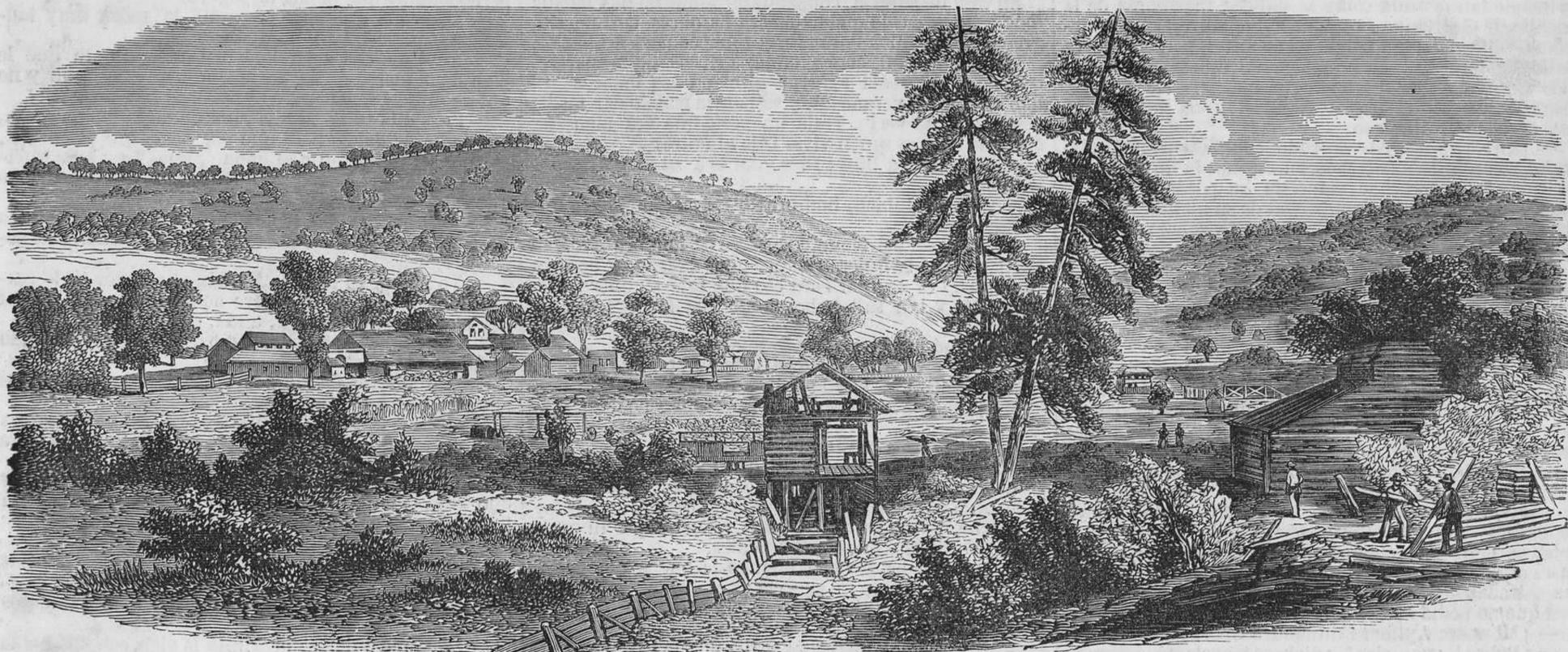
El capitán Sutter.

prosperidad en cada una de sus catástrofes.

Se creará, por ejemplo, que tres meses después del incendio, quince dias tan solo después de la retirada de las aguas, se oia un concierto en el terreno donde aun se sentian los ecos de la desesperacion y de la muerte, y que se pagaba hasta 1200 duros por un billete de honor ofrecido al capitán Sutter, padre del país?... (Vease la note al fin del artículo) Para el americano, como para el romano y el francés, el *panem et circenses*, que Jovellanos ha expresado tan perfectamente respecto de los españoles, en su famoso « Pan y toros. »

He aquí ahora el retrato de este célebre trabajador, que hemos oido de sus labios al referir los hechos de su existencia aventurera y extraordinaria. Todo se liga y encadena en este mundo, y cada dia se reconoce la verdad de las palabras elocuentes: « El hombre se agita, y Dios lo conduce. » La revolucion francesa de 1830 llevó á John Sutter al nuevo mundo, y en una de sus posesiones habia de descubrirse el oro. Sin aquellos sucesos, tal vez este nuevo Eldorado no seria conocido.

Capitán en el 1.º regimiento de infantería suiza, uno de los seis que servian á la Restauracion, John Sutter estaba de guarnicion en Grenoble, cuando se decretó el despedimiento de esta tropa. Volvió á su patria, y no hallando en ella alimento suficiente á su carácter activo y emprendedor, fué á buscar un *campo de asilo* en las vastas llanuras del Missouri. Después de muchos años, durante los cuales se impregnó del espíritu incansable



Máquina de aserrar y ciudad de Coloma.

americano, (*gohead*), pasó las *Montagnes-Rocheuses*, y con la carabina al hombro, atravesó los desiertos de la California para llegar á las playas del Pacífico. Una especie de colonia rusa, establecida en la Bodega dominaba entonces aquella comarca.

A instancias de un francés distinguido, Dufflot de Mofras, enviado desde Méjico á aquel país, Sutter adquirió algunas propiedades. Muy largo seria el contar las dificultades que superó este valiente capitán en medio de aquellas tribus salvajes, de las cuales fué á un tiempo *vencedor y padre*. Después de arrostrar sus flechas emponzoñadas, los subyugó, y les reveló el trabajo, este gran consuelo del hombre desde su cuartel general, el *fuerte Sutter*, tantas veces descrito en las historias de California, dominó casi todo el país, y nuevo Neoptolemo, enseñó allí la agricultura, y el arte de criar ganado. Era, por decirlo así, el rey de aquella provincia mejicana, cuando los norte-ame-



JULES GAILDRAU

Buscadores de oro en la Horca americana.

ricanos le llevaron la guerra en 1846.

« El oro que se encontraba bajo los piés de Sutter lo hubiera enriquecido muy pronto, y los terrenos que ha poseido lo hubieran hecho millonario con los precios fabulosos que han tenido; pero animado de sentimientos generosos y desinteresados, sus subalternos, sus amigos si se quiere, son los que se han hecho ricos con lo que les dejaba coger, ó les daba: « Soberanos he hecho, sin querer yo serlo » ha podido decir, como Filóctetes.

« El territorio entero de la ciudad de Sacramento (*Nueva-Helvecia*), donde está edificada *Marysville*, las llanuras de *Sonoma*, las *Buttes*, la *Bodega*, todo era suyo con los mejores títulos: cesion regular, de los propietarios originarios, adquisicion, conquista por medio de la industria y el trabajo, nada faltaba.... Y todo lo ha dejado, mientras que sus huéspedes se enriquecian con las migajas de su mesa. Algo le ha queda-

do al capitán Sutter; *Nock-farm*, sobre el río *Pluma* es una residencia magnífica. Allí están concentrados los bienes más positivos del mundo, la familia y la justa y grande consideración que inclina á todos á respetar, admirar y amar á Sutter, cuyos pasos sigue la multitud cuando se presenta en público. El viajero saluda respetuoso aquella residencia, donde está seguro de hallar una afable hospitalidad. ¡Cuántos recuerdos conservo de los momentos que he pasado en su compañía! Una historia viva es su conversación, en varias lenguas, sobre el Génesis de aquella California en tan poco tiempo desarrollada. No hablo del bienestar material de aquel oasis. Nada se economiza para acoger bien al viajero que llega de lejos. El vino de Reims y el corrito allí en medio de los brindis más simpáticos. La fraternidad no es una palabra vana bajo aquel techo. Sutter tiene tres patrias, la Alemania, la América, la Francia. Todos lo reclaman, sí, todos. ¡Bravo!

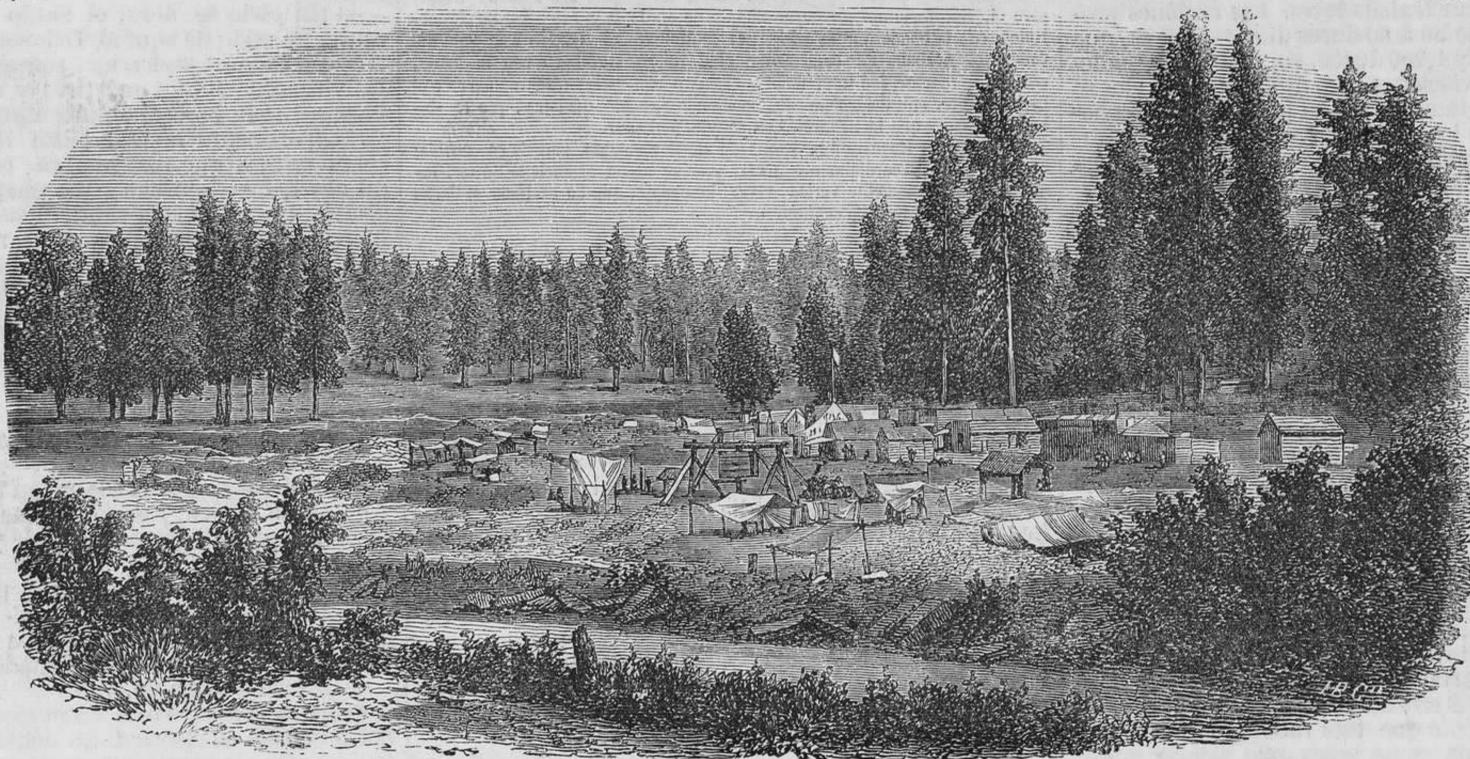
¡bravo!

Una vez señalado el oro, allí fué, en las cercanías del molino de *Coloma*, al Sud de la *Horca-americana*, á donde se dirigieron los primeros mineros que vinieron de todas las comarcas de California. De uno en otro, sin interrupción, y en un espacio de más de 10 millas de extensión, se sucedían los trabajadores, y realizaban fortunas pequeñas sin otra pena que la de algunas privaciones.

Hoy que el suelo ha sufrido tantas vueltas, se necesitan más sudores para lograr menores utilidades. En la época en que nosotros hemos pasado algunos días en medio de mineros que pasaban por modelos, aun ganaban de 6 á 7 duros diarios cada uno. Seis asociados trabajaban con el simple *rocker*. Este trabajo consiste en ahondar hasta la peña, cogiendo la tierra que se saca de ella. El hombre colocado á la derecha rocía esta tierra vertida en la boca del *rocker* sobre una especie de tamiz metalúrgico que retiene las piedras. Agitada con la mano, la tierra disuelta se va con el agua, y las partículas de oro más pesadas, que se desprenden, se fijan en el fondo, donde dos ó tres listoncillos de madera les impiden el marcharse, siguiendo el curso del agua sucia. Después de haber arrojado las piedras de la criba, se carga de nuevo y se prosigue el trabajo. Dos obreros pueden lavar 300 cubos de tierra en todo el día, cuando no hay que traer de muy lejos la tierra al *rocker*, que no



Trabajos para hacer desviar el río Bedwell.



El valle Gold-Stat.



Colonia de mineros en Mariposa.

puede apartarse del agua. El hombre que está sentado en el centro del cuadro, después de recoger la arena aurífera depositada en el fondo del instrumento, la lava en un plato de estaño sacudiéndola, de modo que solo quede el oro. Por la noche, poniendo esta solución en fuego ardiente, se acabará de evaporar la arena negra, disuelta como si fuera humo, por la acción del fuego. Recógese por fin el oro limpio, y se junta para repartirlo semanalmente entre los asociados. Mas allá del bosque que se vé en el fondo está la tienda abandonada por la mañana para no volver á ella sino á las horas de las comidas que prepara uno de los asociados. Al morir el día únicamente viene el descanso y el contento que produce la cosecha de tan laboriosa tarea.

Los hombres, curtidos por el aire, tostados por un sol ardiente, estaban generalmente en la fuerza de la edad. Muchos, que se parecían, han querido hacer su retrato y han pagado en polvo de oro los ejemplares hechos para alegrar el corazón de mas de una afición sacrificada por la *auri sacra fames*.

Las cercanías de *Nevadas-City*, en las minas del Norte están algunas veces deliciosas. Las colinas arboladas, y entrecortadas con valles fértiles, bañados por manantiales puros, son poco más ó menos, el punto intermedio entre las hermosas llanuras de Sacramento y sus afluentes, y las montañas de Sierra-Nevada. Las estaciones son allí más pro-

nunciadas que por la parte de San Francisco; el invierno es rigoroso, y el calor del estío llega á 40 y 42 grados centígrados, pero se templan por la mañana y la tarde con un fresco que es una de las particularidades más singulares del clima del Pacífico.

El valle llamado en inglés *Gold-Hat* ha dado mucho oro. Siempre tiene un aspecto pintoresco, aunque esté menos en moda que su feliz vecina *Grass-Valley*, donde las minas de cuarzo parecen inagotables, lo cual atrae todas esas poderosas máquinas, cuyas piedras sin descanso quiebran y pulverizan las más duras rocas.

Se puede decir que en estas regiones privilegiadas, la tierra está saturada de oro. Muchas veces se halla sin buscarlo, solo sembrando patatas, ó hincando estacas. *Paga en todas partes*, según el proverbio local. Los mineros agrupados y acampados en medio de sus primeras exploraciones, se extienden al rededor, y convierten en hoyas aque-

llos sitios ántes tan risueños; aquel suelo tan revuelto parece destinado á perder la gracia natural para no ofrecer á la vista aflijida mas que huellas de la mano ávida del minero, para quien la naturaleza no tiene mas que un hechizo: el oro.

Durante la estacion seca, los habitantes de *Gold-Flat* van á explorar la *Sierra-Nevada*. El Americano no se detiene ante las nieves eternas que cubren los cráteres de erupciones volcánicas que solo han dispersado una mínima porcion de mineral. Para conseguir el último resto de estos depósitos, se apoderará de los intersticios de las disoluciones nevadas, sabrá prolongar los estíos, acortar los inviernos, cuando una poblacion celosa, escalonada en el camino, asegure las subsistencias en aquellos antiguos desiertos.

Ahora nos encontramos con el lecho de un riachuelo afluente del *Pluma*, y que se ha bautizado con el nombre de *Bedwell-River*. Por medio de un canal lateral, y un portazgo practicado cuando las aguas estaban bajas, (en julio y agosto) una compañía de doce mineros robustos habia creado esta empresa por acciones. Se negociaban, variando su precio á la inversa con las aguas; una avenida producía una baja considerable. No nos riamos, ni despreciemos á nadie; estos accionistas no son solo jugadores de cartera como los de *Bolsa*, son tambien productores, porque á cada uno le incumbe, bajo grandes retenciones, el tomar parte en el trabajo manual, ó el hacerse sustituir en él. Es el mismo trabajo, pero mas en grande. El *Long-Tom* reemplaza al *rocker*, mayor que él, y en el cual entra el mercurio para amalgamar lo que podría escaparse. La actividad debe ser mayor que en los criaderos ordinarios, donde se puede hacer mañana lo que se descuida hoy. Todos los instantes son preciosos, porque si se teme la sequedad en las montañas donde falta el agua, aquí, por el contrario, es preciso darse prisa ántes de las primeras lluvias, porque una tempestad basta para hacer subir las aguas del rio 10 ó 12 piés en pocas horas, y llevarse obras y aun trabajadores. Las acciones producian en *Bedwell* de 50 á 60 duros diarios; así es, que se cotizaban á 1,000 y 1,200 duros, sin que todos pudieran adquirirlas. Desviaciones mas milagrosas de rios se han verificado; pero tambien las ha habido que han hecho *fiasco*, perdiendo los gastos de muchos meses de trabajos preparatorios. Muchas veces, no es en la misma madre, sino mas arriba de las aguas mas elevadas donde se ha encontrado oro, especialmente despues de grandes inundaciones. A cada paso se ofrecen casos singulares que desconciertan todos los cálculos de la ciencia y la experiencia.

A orillas de la *Merced* hemos trabajado con cuatro buenos mineros, dos suizos, un francés y un sardo, que se entienden perfectamente hablando la lengua francesa. El de mas edad es un parisiense que comienza su segundo medio siglo. Era carpintero, y canta como un canario desde por la mañana hasta por la noche toda la solfa de las zarzuelas antiguas y modernas que sabe de memoria. El trabajo de toda esta playa, hecho con el lavado comun paga bastante bien. Este criadero forma parte del Rancho de las Mariposas, cedido, segun se dice, por el coronel Frémont á una compañía inglesa por la bagatela de un millon de duros. De una extension de diez leguas cuadradas, se halla limitado al Norte por la Sierra Nevada, al Este por el rio Chauchillas, al Sur por el San Joaquin, y al Oeste por la *Merced*, donde me he tomado la libertad de recoger con los otros en un dia el valor de cinco á seis duros.

Se creia generalmente que este rancho, el único que se conoce en California como poseyendo valores minerales, habia sido dado al coronel Frémont como una recompensa nacional, por servicios prestados al país, cuando de capitán en la guerra contra Méjico fué uno de sus primeros invasores, conquistándola para los Estados Unidos. Era un error, puesto que cinco años mas tarde se metia en prision por deudas en Lóndres al conquistador de la California. Por fin, un juicio de la *comisión de las tierras*, en San Francisco, reconoció como buenos y legítimos los títulos que exhibió. Ha podido extrañarse que este acto, sin fecha cierta, haya sido admitido con tal facilidad, porque en la época á que se refiere, todo este territorio de las Mariposas no era conocido y estaba despoblado. Mucho poder de adivinacion hubiera sido preciso para pensar en su porvenir. El tribunal supremo de Washington va á decidir en apelacion y última instancia este negocio. Además de la validez y sinceridad propia de todos los actos mejicanos, el tribunal tiene que poner de acuerdo este con la declaracion del congreso de que perteneciendo *todas las minas de California libremente al pueblo americano, las concesiones quedan prohibidas fuera de las leyes que rigen los criaderos, leyes hechas por los mineros mismos*.

El resultado de este asunto ha sugerido á José Limantour la idea de reclamar el territorio donde está edificada la misma ciudad de San Francisco, instancia que causa tanta emocion ahora mismo.

Se presenta con un título semejante, fechado en febrero de 1843, y cuya autenticidad no le va en zaga al del coronel y sus concesionarios.

Mientras tanto, la posesion pertenece á los mineros, que declaran públicamente, que, cualquiera que sea la solucion definitiva, los accionistas de las Mariposas nunca serán propietarios sino de nombre. Todos estos mineros no son de hecho mas que rebuscadores, y el cuarzo no será trabajado sino con el auxilio de máquinas de mucha fuerza. La propiedad no está bastante reconocida para explotar en grande las minas de California. Esto es evidente, y no puede repetirse demasiado á los actuales y futuros accionistas. Se necesita ver el terreno

y trabajar por sí mismo; de otra manera, además de la dificultad de contar con la gente asalariada, no se puede tener confianza en el dia de mañana. El pueblo norte americano es á la vez propietario legal, legislador, juez y poseedor muscular de los criaderos.... ¿No es claro?

S. A.

Los siguientes pasajes de una correspondencia, publicada por la *Alla California*, y fechada en Sacramento el 8 de febrero, interesarán al lector como muestra de las costumbres americanas:

Ayer noche, un concurso numeroso se reunió en la fonda de Orleans con el objeto de tomar parte en un *meeting* concerniente al camino de Tablas, y el de participar de la subasta de billetes para el primer concierto dado en la ciudad por la señorita Catalina Hayes. El primer precio, por el billete de honor fué de 100 duros, cubierto en seguida por otro de 150, al cual el primer postor replicó con el de 200. Los dos campeones rompieron lanzas, (¡bolsas debiera decirse!) hasta 450 duros, cuando un ciudadano eminente entró en la liza diciendo: ¡500! Es preciso decir al oído, porque el público no estaba en el secreto, que habia tres sociedades diferentes con intencion de llegar á 1,000 duros. La concurrencia comenzó á animarse vivamente; y el deseo de sobrepujar á San Francisco, la satisfacción de probar que aun quedaba allí dinero, el espíritu de galanteria hacia una artista distinguida á quien se queria hacer sentir que habia hecho bien en acordarse de nosotros, la servian de estímulo. Todas las miradas se dirigian á un extremo de la sala, del cual salió este grito: 1,150 duros ¡respondida por otro 1175! y apenas habia transcurrido un segundo cuando una voz sonora exclamó: ¡1,200! En aquel punto se dió la lucha por terminada. La adjudicacion se hizo á este postor, cuyo nombre fué pedido. Un silencio solemne sucedió, y el rematante fué proclamado bajo el dichoso nombre de los carabineros de Sutter. Todo el mundo sabia que el antiguo trabajador, el capitán Sutter, seria la persona que recibiria este billete de honor, y las aclamaciones duraron algunos minutos aplaudiendo el buen gusto y la delicadeza generosa del cuerpo que habia vencido en la subasta.

El siguiente billete se vendió en 50 duros, y los demás bajaron á duro. Los carabineros de Sutter se han apresurado á enviar á su buen capitán una escolta, para traerlo, « el vapor *Marysville*, á ocupar su puesto de honor en este concierto. »

Una correspondencia de Sacramento, del dia siguiente, dirigida al *Eco del Pacífico* completa los detalles citados. Véase como se explica un testigo ocular de la primera representación:

La llegada y entrada del capitán Sutter en la sala han sido un triunfo para él. Escortado por un destacamento de oficiales y soldados de Sutter-Rifles, con la bandera á la cabeza, el capitán se ha dirigido á la sala del concierto. Acababa de comenzarse el « *Happy Birdling* » con la flauta, cuando de repente fué interrumpido el canto con estrepitosos aplausos: el capitán Sutter entraba en la sala, conducido por dos oficiales, que le daban el brazo y que lo llevaron á su asiento de honor.

« La señorita Hayes, en la escena en aquel momento, parecia conmovida; se habia asociado cordialmente á esta ovacion hecha al anciano Sutter. Inclínose respetuosamente varias veces, homenaje, que ha excitado el tierno reconocimiento del buen capitán. »

Un pobre enfermo.

Hace algunas semanas, iba un dia atravesando calles, sin pensamiento fijo, ocupada mi imaginacion con mil bagatelas, cuando de repente me saca de mi distraccion un grito fuerte y enérgico. Al mismo tiempo siento al lado de mi mejilla el aliento húmedo y caliente de un caballo, y toca á mi costado una de las varas de un carruaje: poco faltó para ser aplastado por las ruedas de un cabriolé, y sea dicho de paso, por el cabriolé de uno de mis mejores amigos y uno de los médicos mas célebres.

Al momento se lanzó á mi lado, y luego que se convenció de que no habia recibido ningun daño, porque me vió reír de mi malhadada aventura, me hizo subir en su carruaje.

— Pardiez, me dijo, ya que no te he estropeado, y que la casualidad te ha traído á mi camino, vas á venir conmigo á visitar á uno de mis amigos.

Nos pusimos en marcha, y llegamos á una de las calles que rodean al Panteon, y allí paró el carruaje delante de una casa de humilde apariencia. Echamos pié á tierra, y trepamos hasta el sexto piso, y entramos en un caramanchon, que tenia por todo ajuar una mala cama, una mesa, una silla y dos banquetas. En el lecho aparecia un hombre como de cincuenta años, de extraordinaria fealdad, y cuya disforme cabeza se sepultaba entre sus altos hombros y elevado pecho.

— ¿Cómo te encuentras, Pedro? preguntó el médico.

La persona á quien se dirigian estas preguntas exclamó:

— ¿Es posible que permitan mis criados que entre así en mi estancia el primero que llegue? yo los despediré á todos. Querida Juana, añadió volviéndose al otro lado, encantadora Juanita, ¡qué conversacion tan interesante acaban de cortar estos dos importunos! No ocultes así con tus preciosas manos ese hermoso rostro cubierto de casto rubor, despidelos.

Hizo un esfuerzo para levantarse, y cayó pesadamente; el desgraciado estaba paralítico.

Despues de esto cerró los ojos, y parecia que no se ocupaba mas que de nosotros.

— Vamos, dijo, alegre Juanita, mi desposada de ayer, mi esposa hace pocas horas, tú á quien acabo de conducir al pié de los altares, donde el Señor ha recibido y consagrado nuestros pensamientos, no oyes que la música empieza ya á hacer sentir sus armoniosos acordes? Va á comenzar el baile, y nos esperan para romper la marcha. Une tu mano á la mia, ángel consolador, tu mano que tiembla amorosamente, y vamos á reunirnos á los amigos que han venido á celebrar nuestra union. ¡Déjame solo desflorar con mis labios esa frente tan blanca y pura como tu alma!

Iba yo á hacer una exclamacion en este momento, pero el médico me la reprimió con un gesto.

El enfermo continuó:

— ¡Oh! ¡Qué embriagador es el baile al lado de la que se ama y de quien nos vemos correspondidos! Jamás hasta este momento habia comprendido la dicha que proporciona una inmensa fortuna. Puedo satisfacer tus menores caprichos: haz una señal, desea, que tendré fijas mis miradas en las tuyas, para leer tus pensamientos y realizarlos. Solamente deseo que tengas muchos caprichos, ángel mio, para tener la felicidad de satisfacerlos. Vamos, la música se oye de nuevo. Tu brazo sobre el mio. ¡Oh! ¡el vals, el vals con la que se ama, Dios mio, cuando se tienen solo veinte años!...

Se calló y sus labios se agitaron algunos instantes sin proferir sonidos: de repente se estremeció.

— Dejadme, dejadme. Sí, he hecho un sublime descubrimiento; sí, he hecho á mi patria uno de esos servicios importantes que immortalizan el nombre de un inventor y le transmiten de edad en edad al reconocimiento del mundo entero. Pero ¿porqué queréis arrancarme de la felicidad pacífica de que disfruto, para arrastrarme á las agitaciones de los negocios públicos? Dejadme al lado de mi jóven esposa, á quien amo, y buscad otro que os gobierne. ¡La carga del poder me asusta!

El médico se sonrió y se sentó.

— Despues de todo, continuó, no soy responsable á Dios de esta denegacion. Ha puesto en mi alma el genio, para que yo imprima á mi siglo el gran movimiento en virtud del cual debe mudar de faz y regenerarse gloriosamente. Vamos, puesto que es necesario reinare en Francia. ¡Cuán gratas son para mi corazon esas aclamaciones con que me saludan! ¡Sostenedme, Dios mio, que nada puedo sin vos! Teneis en vuestras divinas manos la suerte de los soberanos y de los pueblos.

Volvió á guardar silencio, extendió sus manos temblorosas hácia las fantasmas imaginarias, y balbuceó algunas palabras estando ya profundamente conmovido.

— ¡El cielo se abre, el Santo de los santos no se oculta de mí! ¡He aquí al Todopoderoso que se me aparece con todo su esplendor, rodeado de los profetas, de las vírgenes, de los mártires y demás huéspedes del Paraiso! ¡Oh, jamás hombre alguno ha sentido lo que yo experimento ahora! ¡Esta luz, al lado de la del sol no es mas que una sombra, penetra en el fondo de mi alma, me embriaga, me enajena, me presta una alegría que no es fácil sentir mas que en el cielo! ¡Mis fuerzas son insuficientes para resistir á tales emociones!

Inclinó la cabeza, se desvaneció, y solo con gran trabajo pudo mi compañero volverle á la vida.

— He aquí, me dijo al tapar el frasco que habia sacado, he aquí, repito, uno de los casos mas marcados de alucinacion, ya lo ves.

— Sin duda, le respondí.

— Pues bien, amigo mio, dentro de pocos dias habrá recobrado la razon.

— ¿Quieres restituírle la razon?

— Así lo espero, y esta cura me dará mucho crédito. Tengo un procedimiento infalible para curar el *delirium tremens*.

Esta demencia, como tú sabes, producida por el abuso de bebidas alcohólicas, cede victoriosamente al empleo del amoníaco. Hace un mes estaba bueno, ántes de otro volverá á su antiguo estado.

— ¿Curarle? dije yo.

— He querido asistirle en su casa y evitarle la triste permanencia en Bicetre. Su delirio no es peligroso, y hay en esta casa una portera anciana que cuida los enfermos á las mil maravillas. Cuando estaba yo interno en el Hotel-Dieu, se encontraba al mismo tiempo empleada en las salas y allí la conocí.

Escribió una receta en una hoja de su libro de memorias, y me hizo seña de que le siguiera. Bajamos los doscientos escalones, y entregó á la portera la receta y una moneda de oro. En esto consistieron sus honorarios.

No me acordaba de esta visita, cuando fui un dia á ver al amigo con quien la habia hecho; eran solo las siete, porque se trataba de ir al Hotel-Dieu, á ver una operacion de autoplastia que debia hacer el célebre cirujano.

En tanto que tomaba su sombrero y el paletó, me enseñó un hombre deforme que lavaba el suelo; corria el sudor por el rostro del pobre diablo, que ejecutaba su trabajo con extraordinario ardor.

— ¿Le conoces? me preguntó.

— En verdad que no, repliqué.

— ¿No te dije que tenia medios infalibles de curar los alucinamientos producidos por el *delirium tremens*? Pregúntale y verás si te he engañado.

Me aproximé á él.

— Mala tarea es esa, amigo mio.

— Y lo hago de muy buena gana, señor, me replicó, enjugándose la frente. ¡El señor doctor es tan bueno para mí! No solamente me ha curado y me ha prestado todos los auxilios necesarios durante mi enfermedad, sino que tambien, cuando estuve convaleciente, como no encontraba trabajo, porque decian en el cuartel que habia estado loco, y esto asustaba á los que hubieran podido emplearme, me trajo á su casa, donde gano buen salario, tengo buena comida, y me guardan bastantes consideraciones. Sin los tristes recuerdos que me asaltan de cuando en cuando, seria muy feliz.

— ¿Y qué recuerdos son esos? pregunté.

El pobre diablo me miró con cierta especie de indecision.

— ¡Bah! dijo, siento una triste complacencia en ha-

blar de todo esto, pero temo que os incomode, y además tampoco os interesará.

— Hablad con entera confianza, le dije, parodiando el famoso

Hanc ignare mali, miseris succurrere disco.

— No sé si os habrá dicho el doctor que me volví loco á fuerza de beber. ¿Cómo ha de ser? Aunque soy tan feo, había conseguido que me amase una jóven huérfana, tan pobre como yo, y me amaba tiernamente, porque sabía que tenía buen corazón, y que no había en el mundo quien la quisiese como yo. Dios había echado su bendición á nuestro humilde cariño, y teníamos mas trabajo del que podíamos soportar. Mi mujer por su parte también ganaba, y al cabo de algun tiempo tuvimos una hija tan hermosa como el sol, y en que reconcentramos todo nuestro cariño. ¡Ah, señor! entónces no hubiera cambiado yo mi suerte por una corona. Mi pobreza era risueña y alegre, pasaba horas enteras en contemplar mi hija, y cuando la veía sonreír, me creía superior á todos los soberanos.

Al hablar así se animaba su rostro, su mirada era viva, y su palabra reunía una indecible expresion.

— Esta felicidad duró poco mas dedos años, continuó despues de una corta interrupcion. Una mañana se levantó la niña pálida y triste, y al momento acudí al doctor, que en esta época me había ya dispensado algunos favores, y despues de haberla pulsado me apretó la mano, me llamó á parte, y me dijo: ¡Pobre Pedro, es preciso mucho valor, vuestra hija está gravemente enferma! Dos meses despues, dos meses de angustias, lágrimas y desesperacion, mi hija había muerto.

Exhaló un suspiro, pero armándose de valor:

— Mi pobre mujer se esforzaba todo lo posible para no affigirme mas, y se trabajaba como si nada hubiese sucedido, y aun algunas veces la ví sonreír, pero yo conocía bien que estaba herida de muerte. Cada dia iba palideciendo, y cuando yo no la veía, lloraba sobre la cuna vacía de su hija.

Se sentó ó mas bien se dejó caer sobre una silla.

— Entónces fué cuando empecé á beber, porque á lo ménos en los momentos en que cometía algun exceso, no sentía penas. Con frecuencia me reprendía mi mujer esta mala costumbre, y yo prometía enmendarme; pero cada dia me dominaba mas el vicio, porque necesitaba olvidar mis padecimientos, y acabé por fin haciéndome un borracho. Pero ¡cuán severamente he sido castigado! Una vez estuve tres dias sin volver á mi habitación; había encontrado otros bebedores que me habían llevado consigo, y pasé estos tres dias sin recordar la razon. Cuando volví á mi casa, cuando volví á ella, abrí con suavidad la puerta, avergonzado, embrutecido, y me encontré á mi esposa en la cama. Bueno, dije para mí, duerme y no quiero despertarla. Cuando abra los ojos me encontrará á sus piés, la pediré perdon y me perdonará; ¡es tan buena!

En efecto, señor, jamás he conocido una criatura mejor. Como no tenía defectos, encontraba en su perfeccion una inagotable indulgencia para los demás. Diciendo yo esto, la tomé la mano, que estaba fria y yerta. Asustado empecé á llamarla y no me respondió. Su mirada estaba fija, su boca entreabierta... Dí un grito; caí en tierra, y desde entónces me sería imposible decir lo que me sucedió, hasta el dia en que me desperté como de un sueño, y me encontré al doctor sentado á mi cabecera.

Me dijo: Pedro, de buena te has librado; has estado loco, pero he conseguido curarte; mas si vuelves á tus antiguas costumbres, no respondo de tí.

Las palabras del doctor son para mí como las del Evangelio. Desde entónces ya no bebo mas que agua, y estoy bueno, ya lo veis, dijo volviendo á su ocupacion.

— El carruaje espera ya, dijo el cochero.

Bajé silenciosamente con el corazón oprimido, y subí con mi amigo á su cabriolé sin decir una palabra.

— ¿Qué te parece, me dijo el médico; no ha sido una cura completa y radical? ¿Pondrás en duda la virtud del amoníaco en el caso de *delirium tremens*? Espero que nadie me negará que Pedro ha recobrado completamente la razon.

No pude ménos de replicar y decirle:

— ¡En verdad que te puedes alabar de tu prodigio! Este hombre había olvidado la pérdida de su esposa y su hija, y tú le has vuelto á la conciencia de su desesperacion! Se creía jóven, hermoso, amado, rico, poderoso, rey, colmado de los favores de Dios, y volviéndole á la realidad, le has convertido en criado y admitido por caridad. ¡Singular servicio le has prestado!

Borrando de su cerebro las ideas falsas, para proporcionarle el conocimiento de las verdaderas, quitándole sus alucinaciones, para volverle á la vida verdadera de un ser feliz y dichoso, le has hecho un miserable; te aconsejo que no te vanaglories de tu obra.

— ¡El que te oyera creería que era mucho mejor haberle dejado en su locura! me dijo soltando una carejada. A la verdad que no sería malo que tomaras un poco de amoníaco, porque te veo en camino de perder la razon.

En aquel momento llegamos al Hotel-Dieu, y no pude responderle.

Recuerdos de la Granja.

Para ver correr las fuentes
Se va Madrid á la Granja;

Que las suyas son juiciosas
Y se están siempre paradas.

Da principio el dios *Eolo*
Cuando un hombre se lo manda,
Y le mojan á soplidos
De sus súbditos las caras.

Y en tanto que toma un baño
Por probar la *hidroterapia*,
Una fuente en escaleras
Hacia sí la gente llama.

Con *Vertumno* habla *Pomona*
Y habla Duero con Adaja,
Y de gusto á todos cuatro
Se les van allí las aguas.

La *Carrera de caballos*
Hacia abrir bocas tamañas,
Que en Madrid no son tan buenas
Ni tampoco tan baratas.

Que allí corren entre polvo
Los *jockeis* de carne humana,
Y aquí entre agua las nereidas
Con Neptuno, Apolo y Palas.

Don *Perseo* da mandobles
Y furiosas cuchilladas
A un horrible culebrón
Que se come una muchacha.

Hoy *Perseos* habrá pocos,
Pero *Andromedas* no faltan
Que permiten que las traguen
Cuando el monstruo tiene plata.

Signe luego el *Canastillo*
Hijo pródigo del agua,
Regadera de los tontos,
Protector de quitamanchas.

¡Cuál refresca los amores
Y recién peladas pavas,
Y cuál hace alzar el grito
Al que ve y al que se baña!

Van despues las *Ocho cal'es*
Con sus dioses en estatuas
(En Madrid, Puerta del Sol
Las de zánganos no faltan).

Ven, *Latona*, hacia la corte
Con tus hijos y tus ranas
A ayudar al pobre *Berro*
Y á la humilde *Mariblanca*.

Ven, en tanto que *Lozoya*
Se despide de Jarama,
Dirigiéndose á nosotros
Con sus truchas y sus algas.

Acteon desde su gruta
Ve bañándose á *Diana*,
Y aunque pasan muchos años
No se cansan de mirarla.

Ella haciendo que no ve
Vuelve al mocito la espalda;
Que el no ver lo que no quieren
Es de feas y de guapas.

Quiere alzar la fama luego
A las nubes mil hazañas,
Y como hay pocas ahora
Echa solo un chorro de agua.

Con la fama acaba todo,
Y si yo tuviera fama,
Mas de cuatro aquí dijeran:
« ¡Qué talento el de Tejada! »

José GONZALEZ DE TEJADA.

El puerto y los docks de Londres.

Una sociedad acaba de formarse en Paris con el objeto de construir *docks* en los solares de la plaza de Europa. Algunos parece que ignoran el significado preciso de esta palabra, y el objeto especial de los establecimientos á que se aplica. Esto motiva la noticia que vamos á dar de los *docks* de Londres. El sentido propio de esta palabra es el de *dársena para resguardo de buques*. En cuanto á su destino, los *docks* son depósitos y almacenes de mercancías. Entre ellos se comprenden algunos, que por no estar en el agua, se llaman *docks secos*; esta es la denominacion que sería mas propia para el establecimiento que se proyecta en la plaza de Europa.

Hacia fines del siglo pasado, se calculaba que la décima parte de las mercancías que entraban en Londres por el Támesis eran presa de ladrones ántes de su desembarco, y que la pérdida anual de esta piratería subía á cerca de cinco millones de duros. La audacia de los ladrones era tal, que robaban hasta las anclas, dejando al buque que se largara. Este abuso excesivo despertó la solicitud del gobierno. En 1798 se creó un cuerpo de policía especial del Támesis, y al año siguiente una ley del parlamento dispuso el establecimiento de los primeros *docks*. Esta última institucion no fué solo un medio preventivo contra los corsarios de rio, que bajo nombres diversos eran una verdadera calamidad,

sino que ofreció también al comercio una ventaja no ménos preciosa, abriendo para su uso inmensos almacenes, que debían suplir con notable economía los subidos alquileres, frecuentemente sin empleo en mucha parte, con un sistema de alquiler temporal, en perfecta relacion con las necesidades reales.

Al momento se pueden descubrir los enormes gastos que los *docks* están destinados á prevenir; supresion absoluta de gastos parásitos, y contamos en estos, sobre todo, los permanentes que gravan al comercio fuera de las necesidades del momento; alivio de los generales con la supresion de una multitud de agentes; economía de tiempo, facilidad en las operaciones, todas estas ventajas ofrecen los *docks*. La reunion de estos diversos resultados ayuda al comercio con condiciones sorprendentes de celeridad y simplificacion. En circunstancias ordinarias, por ejemplo, un negociante toma á su cargo todos los detalles de arribada, descargo, almacenaje y vigilancia de las mercancías, detalles penosos que exigen el concurso de agentes especiales, temporales ó permanentes, cuidados minuciosos, que llevan por último consigo riesgos considerables. Por medio de los *docks*, estas dificultades, estos inconvenientes desaparecen en gran parte; el negociante descarga en la administracion general este embarazo, y le deja toda responsabilidad.

Ya hemos indicado la economía positiva á que da lugar este sistema. Es preciso saber qué precio exorbitante tienen los alquileres en la *City*, centro de la actividad comercial, para comprender mejor los beneficios del alquiler temporal en los *docks*. En cuanto á la simplificacion de operaciones, el comercio no podía hallar medios mas expeditos, ménos embarazosos, y complicados. Una vez almacenadas las mercancías en los *docks*, las ventas no son mas que un traspaso; los géneros cambian de mano sin moverlos, por consiguiente, sin gastos, por medio de un billete, ó *check*, que contiene la transmision. Hasta el comercio al por menor participa de esta economía, porque la comodidad de este almacenaje temporal le permite reducir los alquileres de explotacion, beneficio enorme, especialmente en los puntos de mucha circulacion, donde el alquiler es muy subido.

Con respecto á la vigilancia, los *docks* ofrecen ventajas considerables. Ligada por una responsabilidad positiva, la administracion ejerce, por medio de agentes responsables, una inspeccion que se extiende á todo, de modo que la solicitud del negociante no puede suplirse mejor ni mas completamente. Los riesgos accidentales, tan numerosos en los depósitos aislados, se disminuyen considerablemente gracias á reglamentos llenos de prevision.

Una circunstancia particular presta una utilidad nueva y no ménos importante al establecimiento de los *docks*. Londres, la ciudad mas comercial del mundo, no tiene puerto, propiamente hablando. Las dos orillas del Támesis están guarnecidas de casas que se bañan en el agua. Estas casas, destinadas casi siempre á almacenes, sacan las mercancías de los buques por medios poco expeditos. Los gastos de trasborde son excesivos.

Últimamente se ha propuesto la construccion de un muelle que hubiera reunido las condiciones de utilidad y ornato. A fin de conservar al comercio las avenidas del Támesis, que es su principal agente, se hubiera hecho una galería inferior en la altura, que comunicara con el rio por aberturas que hubieran dado paso subterráneamente á las mercancías. Si se pudiera poner en ejecucion este plan, Londres poseería una de las mejores obras del mundo; su puerto, limpio de las horribles casuchas que lo afean, se convertiría en uno de los puertos mas majestuosos del universo. Pero muy difícil, sino imposible, aparece la ejecucion de este proyecto, primero, porque el gobierno no tiene ningun derecho de iniciativa, en este asunto, y una sociedad particular, dado que lo juzgara lucrativo, hallaría obstáculos insuperables por parte de los propietarios de las orillas del rio, que sacan actualmente productos enormes de verdaderas cloacas. Sin embargo, la importancia del comercio de Londres hace deseable esta mejora. El movimiento del puerto de Londres representa casi una sexta parte del movimiento general de la Gran Bretaña. Anualmente recibe diez mil buques de expediciones largas, y dos millones de toneladas de mercaderías extranjeras, cerca de doce mil buques de cabotaje, cuatro mil barcos pescadores, quince ó diez y seis mil que hacen el comercio del carbon; total, mas de cuarenta mil buques por año, y cinco millones de toneladas de mercancías.

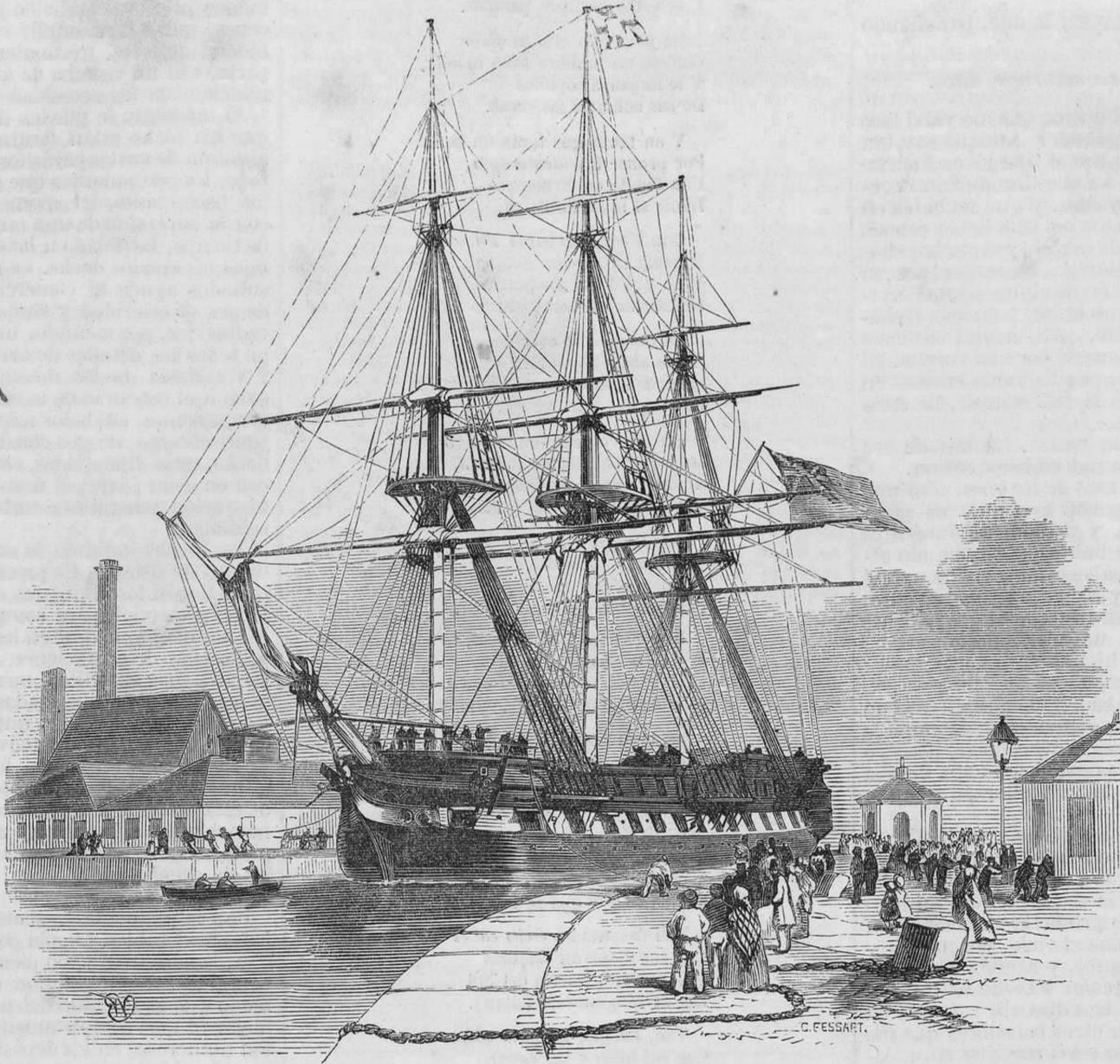
Este inmenso conjunto de buques se escalona en una línea continua de muchas millas de extension, entre el puerto de Londres y Blackwall, y aun mas allá, y presenta, en la acepcion positiva de la palabra, un bosque impenetrable de mástiles, que da á esta parte de Londres uno de sus aspectos mas curiosos y admirables. La diferencia en el fondo del rio no permite mas que á los buques ligeros el avanzar mas allá de los *docks* de Santa Catalina. Este punto solo es accesible á los buques de 800 toneladas. Los de 1,400 se detienen en Blackwall, y se descargan por medio de barquichuelos, del porte de 50 á 100 toneladas, que llevan la carga cerradas las escotillas con llave, rio arriba.

El número de gabarras empleado en el descargo de las embarcaciones era, á fines del siglo pasado, de tres mil quinientos. Este número ha disminuido, merced á la facilidad que los *docks*, abiertos en toda la línea del puerto, dan á los barcos de todo porte.

Los *docks* de Santa Catalina son los primeros que se presentan en el lado de la Torre de Londres, situados á

la orilla izquierda del Támesis. La primera piedra de este establecimiento fué puesta en el mes de mayo de 1827, y en octubre del siguiente año fué abierto. Estos docks ocupan una superficie de 23 acres (1), de los cuales 11 están destinados al depósito flotante, que puede recibir veinte buques y un número considerable de gabarras. La extensión total de los muebles es de 4,600 pies ingleses. Los almacenes con tres pisos están perfectamente contruidos, los sótanos admirablemente bien dispuestos. El conjunto de los edificios destinados al almacenaje puede recibir cerca de 200,000 toneladas de mercancías. Todo está combinado para lograr la economía de gastos y de tiempo, tan útiles al comercio. Acertadas disposiciones en el plan general y medios mecánicos ingeniosos aseguran este doble resultado de una manera satisfactoria. Los defectos que se han descubierto en las primeras construcciones se han enmendado. Las mercaderías se extraen directamente de los barcos sin descargarlas en los muelles. El tiempo empleado en el descargo de un buque de 250 toneladas es de 12 horas, y de dos días en uno de 500. Las mercancías son trasportadas á los alma-

(1) El acre, medida francesa, equivale á 436,360 pies cuadrados.



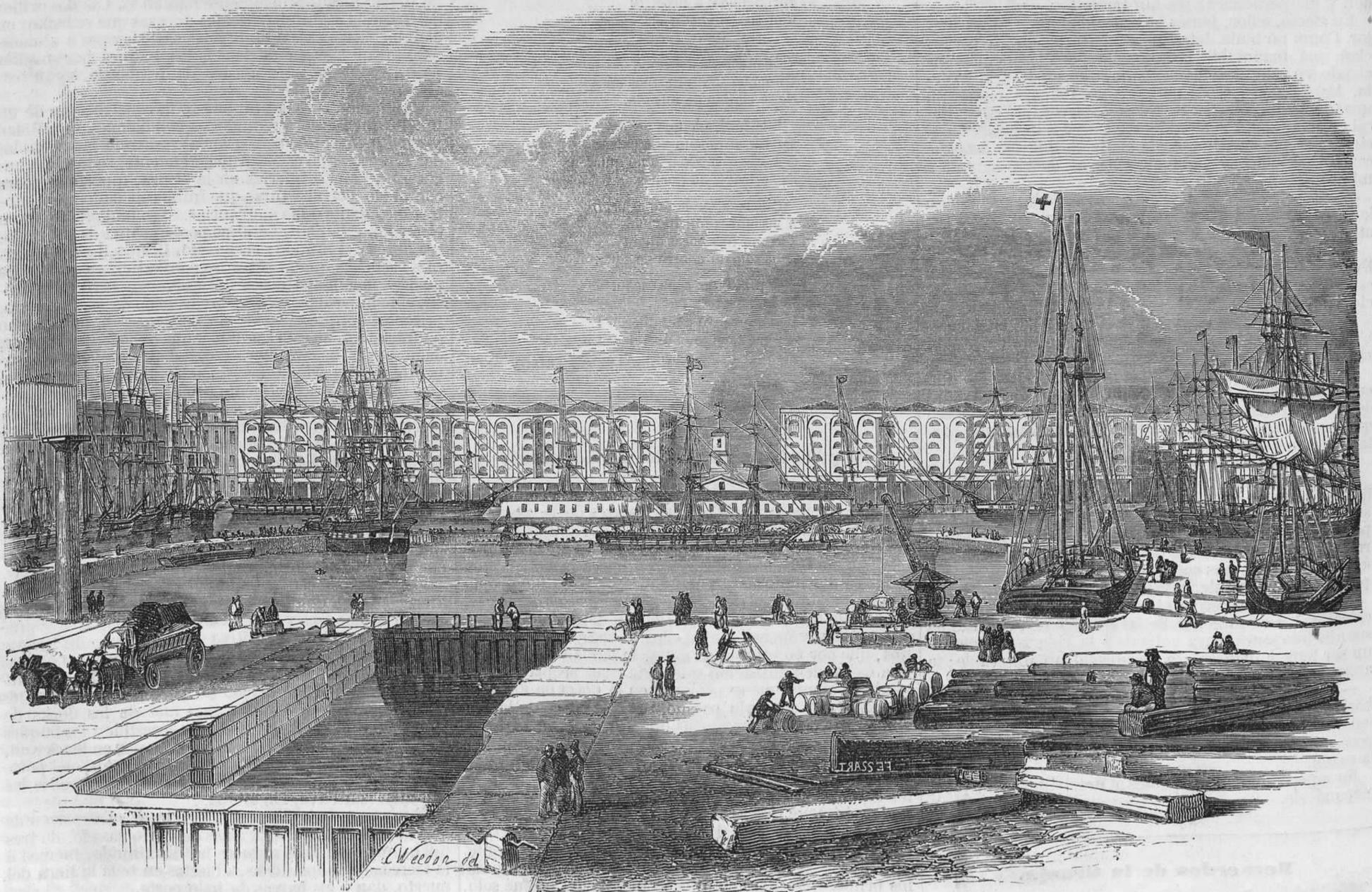
Buque de la Compañía de las Indias remolcado en los docks del Támesis.

cenes por medio de gruas que levantan de 40 á 50 toneladas. Cada una de estas hermosas máquinas no ha costado ménos de 10,000 duros.

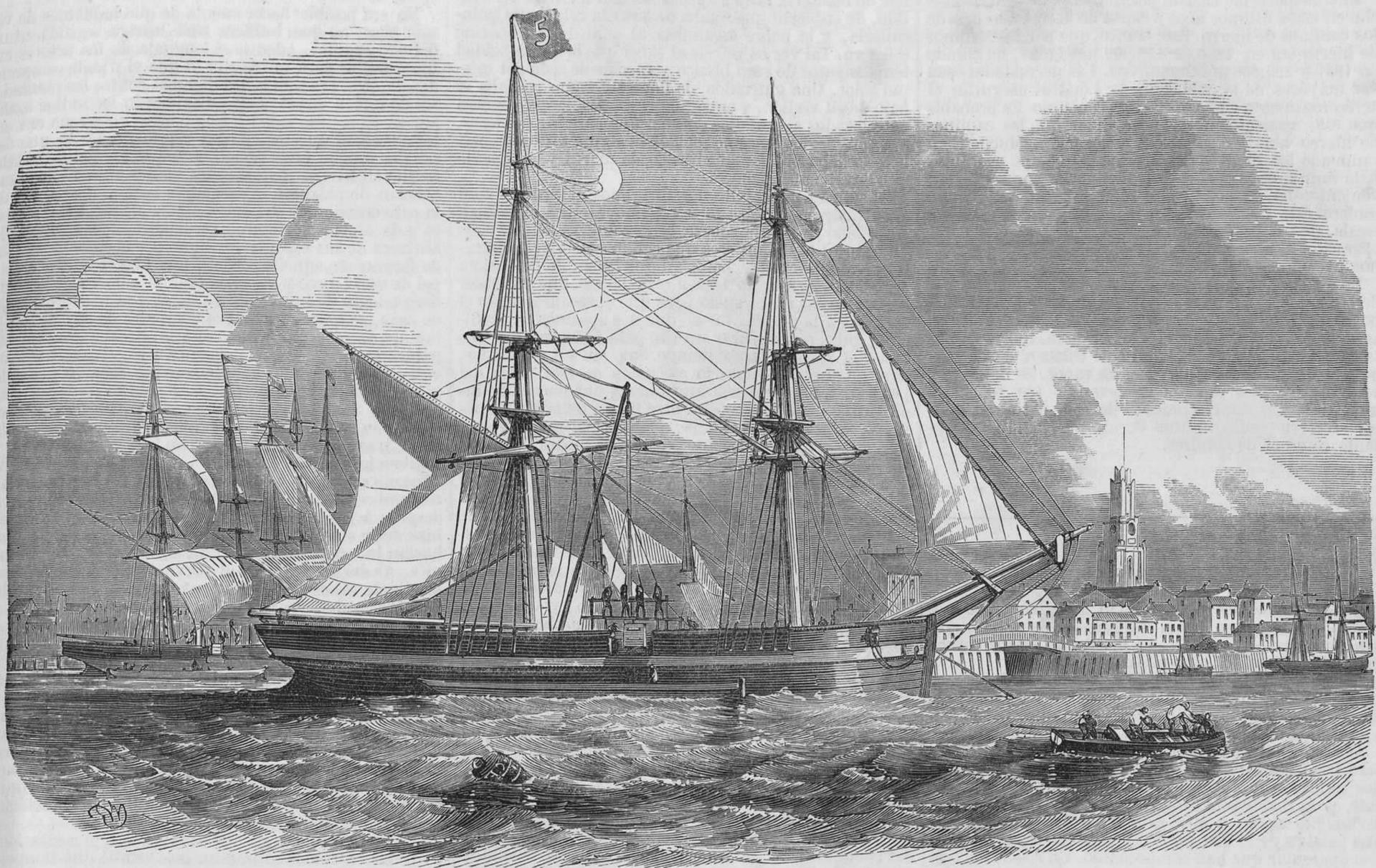
La altura de los almacenes y su proximidad á las dársenas hace aparecer estrechos á los docks. El diámetro de las dársenas, aunque menor que el de los otros docks, ofrece comparativamente mayor movimiento de negocios. La dársena mas inmediata al Támesis tiene 185 pies de longitud sobre 45 de anchura. La profundidad de las aguas con la marea alta es de 28 pies.

De la importancia de los sótanos se puede formar fácilmente una idea, cuando se sepa que casi todos los vinos y licores destinados al consumo y á la exportacion se encierran generalmente en ellos, sacándolos de allí para el comercio al por menor en cantidades pequeñas. Y aun existen algunos ricos que conservan los de su consumo en estos sótanos.

La importacion de vinos y licores forma un artículo muy importante del comercio inglés. De los 9 millones de galones de vino que recibe próximamente la Gran Bretaña, cerca de 6 se almacenan en Lóndres. La importacion de licores llegó en 1851 á mas de 8 millones de galones. La mayor parte de ellos pasa por los sótanos de los docks de Santa Catalina,



Dock de Santa Catalina



Buque carbonero descargando su carbon.

y *London-docks*, los dos principales depósitos para los líquidos.

El establecimiento de los docks de Santa Catalina ha costado más de 12 millones de duros.

Los docks de Londres, (*London-docks*) ocupan una superficie de cerca de 100 acres, y pueden recibir cómodamente 500 buques. Los almacenes tienen capacidad para recibir 235,000 toneladas. El tabaco es uno de los principales artículos que entra en estos docks. Los almacenes afectos á él cubren una superficie de cinco acres y pueden contener 25,000 barricas de tabaco. Las bodegas encierran 60,000 toneles de vino; una de ellas tiene 7 acres de espacio. Los almacenes no están tan bien dispuestos como en los anteriores; están distantes de la dársena, de modo que las mercancías no pueden ser elevadas y trasportadas por una misma operación á los almacenes.

Estos docks fueron construidos de 1802 á 1805, sus primeros gastos y el acrecentamiento sucesivo que tuvieron hacen subir su importe á cerca de 20 millones de duros.

Los mayores de todos son los docks de las Indias Occidentales, que ocupan una extensión superficial de 300 acres, y una longitud de cerca de tres cuartos de milla. Los almacenes pueden contener 200,000 toneladas de mercancías. Estos docks están situados á través de la isla de los Perros, donde el Támesis describe una curva enorme. Sus dos extremos, que tocan con Blackwall y Limehouse casi en línea recta, evitan á los

buques un circuito de muchas millas. A estos docks se ha unido una dársena de carena.

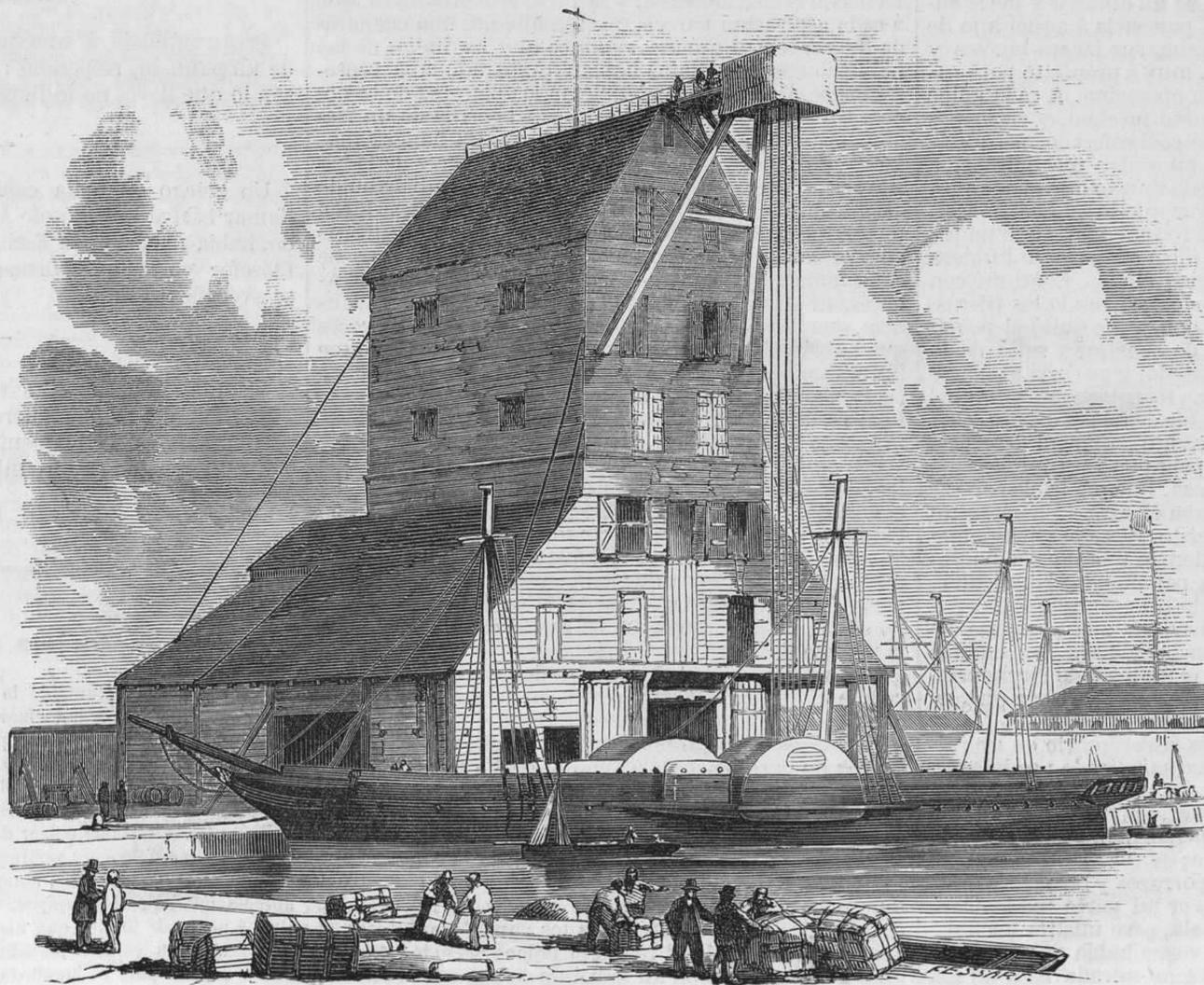
Los docks de las Indias Orientales pertenecen actualmente á la compañía de las Indias Occidentales. Su extensión es de 35 acres, y están destinados para recibir los buques de mas porte. Los almacenes pueden contener con dificultad 15,000 toneladas, pero los docks tienen anexos considerables en la city.

Los cuatro docks, que acabamos de mencionar ocupan á mas de 5000 empleados.

Después de estos establecimientos de primer orden, vienen otros mas inferiores, tales como los docks de *Surrey* que pueden recibir 300 buques y 40,000 toneladas; los *commercial docks*, 350 buques y 50,000 toneladas; los *East country docks*, 30 buques y 3,700 toneladas. Estos tres últimos tienen la ventaja de tener muelles de servicio sobre el Támesis.

Mucho tiempo hace que el comercio de carbon, una de las industrias mas importantes de Londres, reclamaba el establecimiento de docks especiales. Esta mejora, que está en vísperas de realizarse, es mas necesaria que nunca, porque las trabas, que embarazan esta industria, amenazan agravarse en proporción de su engrandecimiento. El año anterior han entrado en el puerto de Londres 3,246,287 toneladas de carbon de piedra. Los buques destinados al transporte de este artículo son en general bergantines de 150 á 200 toneladas, servidos por los mejores marinos. Los reglamentos que rigen este comercio permiten solo el descargo de cierto número de buques á la vez, y obligan á los demás á esperar su turno.

Por otra parte, el número de empleados en la vigilancia de este ramo de navegación es tan limitado, que la inspección de buques y los detalles de descargo se hacen con mucha lentitud. Estas restricciones son tanto mas sensibles, cuanto que ocurre algunas veces el venir 300 buques



Máquina para arbolar.

carboneros á hacer su declaracion de arribada en el mismo dia.

El transporte del carbon por mar ha disminuido mucho en estos últimos años á causa de la concurrencia de los caminos de hierro. Este tráfico, que por los caminos de hierro era en 1850 de 110,000 toneladas, ha subido en 1881 á 225,000 próximamente. Las necesidades cada vez mayores de la poblacion de Lóndres aseguran el acrecentamiento sucesivo de este consumo. Es probable que este aumento cubra las pérdidas que los caminos de hierro han irrogado á la navegacion. Mucho han cambiado los tiempos desde Eduardo 1º que prohibió, bajo multa, el uso del carbon de piedra, por los inconvenientes del humo. Hoy el comercio de este precioso mineral está tan floreciente, y se ejerce en tan grande escala, que se ha juzgado necesario destinar para sus operaciones una Bolsa especial, que se conoce con el nombre de *Coal-Exchange*.

No abandonaremos las orillas del Támesis sin hablar de la construccion de mástiles de Blackwall. Este importante establecimiento, uno de los mas notables en su género, está situado en los docks de las Indias Orientales. Ademas de la arboladura se colocan en él máquinas en los buques mayores de vapor. Se halla provisto de aparatos capaces de levantar 100 toneladas cada uno. Un establecimiento de esta naturaleza era un accesorio indispensable en un puerto tan importante como el de Lóndres.

L. R.

Un matrimonio en la India.

Estos últimos dias he asistido al matrimonio de una criada de mi esposa, jóven chingulesa que se ha unido con un indiano portugués. La invitacion estaba concebida en los términos siguientes:

« M. Abraham Silva quedará honrado con la presencia de vuestro honor en la ceremonia de sus bodas y en una *souper* que tendrá lugar pasado mañana á las seis y media en casa de su tío. »

Al pronto no comprendí lo que queria decir *souper*, pero por último averigüé que se trataba de una comida. Los indios forman tal mezcla con las palabras del país, y un malditísimo inglés, que es imposible entenderlos. En cuanto á ellos es otra cosa: no entienden una palabra de lo que les decís, pero creen que es preciso aparentar que han comprendido. Un criado contesta con la mayor imperturbabilidad « sí señor, » y no sabe qué es lo que le mandáis; y así es, que si le enviáis á buscar un canastillo de fruta, suele traer un par de botas.

En tanto que mi mujer pasaba revista á su guardapolvo, me pareció que debía ir preparando mi *toilette* para el gran dia de los proyectados esponsales. En Candy no se encuentran peluqueros ni barberos, pero cada banda de obreros indios suele tener en su seno un peluquero. Mis cabellos habian crecido pasmosamente, lo que no es extraño, en atencion á que desde mi salida de Inglaterra habia tenido muy pocas ocasiones de cortármelos. Mi mayordomo, que era hombre de recursos, hizo llamar al artista capilar de mi obrador y me le envió. A poco tiempo veo en mi presencia á aquel hijo de la noche, con su rostro hermoso, sus largos bigotes y un par de tijeras en la mano, muy á propósito para esquilarse un carnero. Empezó la operacion. A cada golpe del instrumento caía un hermoso mechón, y en menos de cinco minutos me encontré casi sofocado, porque la lluvia de pelo que inundaba mi rostro me quitaba la respiracion. Me imaginé en vista de esto que la espesura de mi cabello era mucho mayor que lo que habia creído al principio, y me limité á recomendarle que no me le dejara muy corto. Pero lo mismo que si le hubiera dicho que cantara una cavatina italiana. Continué con una rapidez espantosa, abriendo y cerrando las tijeras.

En fin, despues del último golpe, me quitó el peinador, hizo un gesto en forma de sonrisa, y salió de la habitacion con un profundo saludo, y yo corrí al cuarto inmediato á mirarme al espejo. ¡Horrible aspecto! Aquel miserable mahometano me habia dejado la cabeza como si me la hubiera afeitado. Para aumentar mi desgracia me habia dejado el maldito peluquero un mechoncito en la parte superior de la cabeza, que me hacia parecer un chino, y que cuando soplaban el aire, caía sobre mi frente como si fuera un plumerito. Cuando me vió mis mis Brown creyó que en el tiempo que no nos habiamos visto habia sido atacado por una horrible enfermedad, y luego se figuró que habia abjurado el Cristianismo y estaba dispuesto á marchar á la mezquita de Candy. Protesté de mi inocencia, y para convencerla completamente corrí á cortar el malhadado mechoncito que se balanceaba sobre mi cabeza, y á buscar un gorro para cubrir aquella deformidad.

Al dia siguiente se celebraba el desposorio en una aldea próxima. Tomamos un carruaje tirado por bueyes, y emprendimos nuestra marcha por un camino escabroso y lleno de piedras. El coche no estaba sobre ballesas, y los bueyes se empeñaban en pastar donde quiera que encontraban verde; de manera que todo el camino fué una sucesion de porrazos y bajadas y subidas, que era una maravilla. Por mi parte me hubiera reido de tan agradable caminata, pero mis mis Browns, que llevaba su mejor vestido y que habia puesto cintas nuevas á su sombrero, lo hubiera mirado bajo un aspecto serio, por no decir lamentable.

La union de los dos esposos se verificó en una capilla portuguesa. La novia estaba desconocida con sus adornos de bisutería falsa; apenas se veía un dedo del vestido, de cubierto que estaba de aquella reluciente quincallería, y la pobre sucumbia al peso de tan enorme espetera. Tal vez os reiréis al saber que la negra beldad tenia zapatos de raso blanco y medias de seda del mismo color. Una guirnalda de flores de mano rodeaba el bajo de su vestido, y entre su negra cabellera aparecian entrelazadas seis agujas doradas que parecian asadores, y de cuyos dos extremos colgaban algunos hilos de perlas. No debo olvidar el abanico de marfil y el ridículo que llevaba al brazo.

Al salir de la capilla nos dirigimos al festin, y al aproximarse á la casa nuestros bueyes, que se habian empeñado en ir á la cabeza de la comitiva, vimos salir una multitud de mujeres que salian con tal precipitacion y desórden que parecian que huían de un fuego; pero nada de eso, no tenían otro objeto que extender unas sábanas en el suelo para que pasáramos desde el carruaje á la puerta. Luego que nos apeamos del vehículo, quisieron disparar un tiro para festejarnos, y nos hicieron esperar largo tiempo bajo un sol abrasador, para que tuviera lugar la ejecucion de esta parte del programa. Se reunieron inútilmente una docena de indios: uno tenia la escopeta, otro tiraba de la llave; pero era tal el estado del arma, que por mas que echaban mas pólvora, por mas que picaban la piedra, no salía el tiro, hasta que enterado ya uno de ellos trajo una ascua, la aplicó á la cazoleta y se hizo la descarga. Fué tal la detonacion, que todos los espectadores se asustaron y cerraron los ojos, y los bueyes se espantaron.

Entramos por fin en la sala principal y nos encontramos unos treinta individuos apretados unos contra otros. No habia mas que media docena de sillas para toda la reunion. La novia estuvo á punto de asfixiarse, porque se vió rodeada de una nube de incienso; y una vieja la volcó sobre la cabeza un azafate lleno de papellitos de color.

Esperamos una hora larga ántes de que vieramos aparecer la comida. El esposo hizo entónces su entrada, y por el estado de sofocacion en que se encontraba era fácil conocer que habia empleado en la preparacion de la comida todos sus talentos culinarios. Jamás se ha servido á personas civilizadas alimentos mas detestables; mas de una vez se pintaba en el rostro de mi esposa las angustias que pasaba con tan repugnantes manjares. Yo tenia mi asiento al lado de la recién casada, que por obedecer las leyes del buen tono, se esforzaba en comer á la europea, es decir sirviéndose del tenedor y del cuchillo, pero la desdichada se veía tan oprimida con el peso de los oropeles, que no podia hacer el menor movimiento sin los mayores trabajos. Me compadecí de su lamentable situacion y tomé el partido de darla de comer con la cuchara, como si fuera un niño.

Hacia la mitad de la comida vinieron nuevos convidados, y se sentaron como pudieron en las cajas de café. El calor era intenso; el célebre carry indio hacia tiempo que no circulaba por la mesa; el sudor corria en abundancia por mi rostro, y estabamos de tal manera apretados en este infernal banquete, que apenas podia mover los brazos para sacar el pañuelo del bolsillo.

Con qué satisfaccion vi llegado el momento de que nos trasladáramos á la galería á tomar café al aire libre! La noche estaba deliciosa, y tan fresca la atmósfera, que á cada aspiracion parecia que tomabamos una cucharada de sorbete. Entónces supimos que los indios de las habitaciones inmediatas habian preparado una representacion teatral para completar los placeres de la noche. Un paseo de algunos minutos á la orilla de un riachuelo nos condujo al teatro. Era este un hangar mas largo que ancho, sostenido por toscos pilares de ladrillos; sitio fresco y espacioso, donde se habian distribuido asientos improvisados de cajas de todas especies. En el momento que llegamos, los actores hacian el último ensayo detrás del telon, y por lo tanto tuve tiempo de examinar la decoracion de la sala y la clase de espectadores. El alumbrado consistia en velas, metidas en sandías, que figuraban los candeleros, y en nueces de cocos que habian sido transformadas en lámparas, en las que humeaban unas grandes mechas alimentadas con aceite de la misma fruta. En la platea se hallaban todos los blancos de la vecindad, cuya fisonomía anuncia generalmente indulgencia y curiosidad.

Sin embargo, como historiador fiel debo añadir que los descontentos se quejaban del mal olor que exhalaba el aceite de coco, y de la incomodidad de los asientos. Estos murmullos se hacian oír sobre todo en el lado de la sala, en que los espectadores estaban sentados en medidas de café. Pero fueron muy mal acogidos por la parte de la asamblea que estaba lejos de las luces, que no sentia el acre perfume del aceite quemado, y tenia la ventaja de estar muellemente sentada sobre sacos de arroz. En todo el espacio que mediaba entre los pilares, colgaban guirnaldas con profusion de flores, hojas de cocoteros, y aun la fruta de este árbol.

Bajo estas colgaduras se hallaba reunida la parte indígena de la concurrencia; hombres, mujeres y niños, los unos sentados sobre sus talones, otros en el suelo y otros de pié, pero armando entre todos una bulla de fuerza de quinientas mujeres. Por último, despues de haber tocado una música infernal de tambores y pitos indígenas, se levantó la cortina. Cuando digo la cortina, quiero hablaros de una reunion de todos los vestidos conocidos, desde la capa hasta los pantalones, desde el dorman turco hasta el redingot polaco, cosidos unos á otros y adornados con un pabellon de pañuelos blancos.

La curiosidad y la atencion estaban escitadas en el

mas alto grado, y no se oía otro ruido que el de las mandíbulas, mascando el *betel*, y el chisporroteo del aceite de coco.

No era posible hacer cuenta de que habiamos de ver una pieza en que hubiera una intriga seguida ni un diálogo regular. Ademas el lenguaje de los actores era ininteligible para mí. Segun lo que vi y pude comprender, la obra era una sátira dirigida contra los plantadores de café: ¡atrevimiento singular en los indios malabares! El retrato satirico que ponian en escena era enteramente el nuestro, y bien representado, lo que denotaba mucha observacion. Aunque el diálogo estaba escrito en lengua malabar, los actores aumentaban una porcion de palabras inglesas que habian aprendido de la conversacion de sus amos. Habia allí un indio robusto y de elevada estatura, verdadero carbonero por la anchura de sus espaldas, y digno por el color de su piel de figurar en aquella corporacion. Representaba el papel de un blanco, y representaba al amo con el verdadero talento de imitacion. Se habia procurado un traje de caza completo, incluso el sombrero de ala ancha y botines de piel. La única cosa que chocaba eran los zapatos, que siendo muy pequeños y queriendo hacerlos entrar á la fuerza, se habian roto por el talon y se salía la mitad del pié por detrás, y el pobre cazador se veía obligado á andar de puntillas. Recostado negligentemente en un sofá, con el sombrero inclinado sobre la oreja, un cigarro en la boca y un baston en la mano, y repitiendo á grandes voces: « Muchacho, un vaso de aguardiente, » representaba al natural la postura y las costumbres de la mayor parte de los plantadores. Llamó despues á los indios de su supuesta plantacion, y les hizo decir sus nombres; y al menor movimiento que hacian les apostrofaba y juraba como un verdadero inglés. Acabó por mandar al mayoral que les retuviese un dia de salario, y por desenlace repitió su estribillo de « Muchacho, aguardiente y cigarros. »

Mientras duró la representacion, los indios espectadores estaban entusiasmados, y yo vi como cruzarse entre el actor y los oyentes mas de una mirada radiante de alegría, y preguntar á los últimos cómo tomaban los plantadores aquella sátira. En nuestras filas se reía generalmente de todo corazón, excepto dos ó tres sombrías figuras, que envueltas en humo de cigarro, formaban singular contraste con la alegría de los demás. Eran viejos plantadores, á quienes no agradaba los sarcasmos dirigidos contra ellos, y que no aprobaban que se concediese á los indios tales libertades. El espectáculo acabó por juegos gimnásticos.

El tiempo habia cambiado durante la representacion, y apenas entramos en nuestra casa estalló una tempestad. El viento soplaban con fuerza, y la lluvia caía á torrentes; pero sentado yo ante un hermoso fuego de carbon de piedra, podia felizmente desafiar la rabia de los elementos. Mis mis Browns, para desterrar la humedad de su estómago, tomó su parte correspondiente en un bol de ponche, y despues de haber calafateado todas las puertas y ventanas, nos fuimos á descansar de las penalidades de aquel malhadado dia.

Anécdotas.

Preguntándole á uno que era lo que llevaba dentro de un pañuelo, respondió: « Si yo quisiera que supiesen lo que llevo, no lo llevaria tapado. »

Un griego de mala conducta tuvo la insolencia de llamar bárbaro al filósofo Anacarsis que, como es sabido, habia nacido en la Escitia. « Efectivamente, dijo el filósofo; yo me avergüenzo de mi patria, pero la tuya se avergüenza de tí. »

Disputando un gentilhombre con otro en la corte de Luis XIV, dijo: « Le recuerdo á Vd. que ha sido Vd. mi criado. » — « Efectivamente, contestó el otro; pero si Vd. hubiera sido criado mio, probablemente lo seria Vd. todavía. »

Revista agrícola.

Como soy muy amante de la justicia, me complazco en señalar á los labradores la memoria que M. Letourneux, ex diputado del Mayenne, acaba de publicar, ó mejor dicho, reproducir en favor del topo, puesto que ya la habia leído en 1847, á la Sociedad central de agricultura.

Lo mismo que este señor, clamo yo contra la costumbre sucia y anti-sanitaria de colgar de los árboles en los caminos un crecido número de esos pobres animales á guisa de trofeo. El arte de destruir los topos, aunque exige mucha habilidad y se aprecia mucho en los campos, no ha tenido nunca mis simpatías, á pesar de lo bien que nos ha pintado Jorge Sand en su *Mauprat* á un célebre matador de topos paseándose gravemente con un palo al hombro en que iban colgados los despojos de sus enemigos vencidos. Mátense enhorabuena, pero que

se entieren; el cadáver de un contrario (admitiendo que el topo lo sea del hombre) no huele bien sino para aquellos que tienen mal corazón.

¿Pero el topo es enemigo del hombre? La Providencia le ha creado como amigo de nuestra raza en la dura y perpetua guerra que tenemos que hacer á los insectos para defender nuestras cosechas, esto es el premio de nuestro trabajo. Hace mucho tiempo que enseñan los naturalistas que el topo no se alimenta de vegetales, que es carnívoro, como lo indican sus mandíbulas provistas de cuarenta y cuatro dientes «destinados, dice Cuvier, á partir las cortezas mas ó ménos sólidas de los animales con que se alimentan.» Buffon admite que, cuando mas, la madre da á sus hijuelos que no tienen dientes todavía, algunos restos de cebollas de vellorita, pero si añadimos aquí que la vellorita es un veneno para nuestro ganado, claro es que nos hace un servicio.

Se tiene un miedo extraordinario al abejerro, sobre todo en el estado de larva ó de gusano blanco, y se olvida que su mas terrible enemigo es justamente el topo; M. Letourneux, examinando el tubo digestivo de los topos, ha reconocido restos de esta presa. El docto Milne-Edwards habia observado ya que por error se achacan al topo destrozos causados por el gusano blanco, cuando yo por el contrario, añade este autor, aconsejaría la introduccion de estos pequeños mamíferos insectívoros en las localidades infestadas por las larvas.

Un hacendado muy rico, M. Debonnaire de Gif, conserva los topos en sus praderas, porque ha notado que con estos animales disminuyen mucho las larvas. Sus vecinos los mandan matar, y sus praderas suministran pasto abundante al gusano blanco.

El que este animal escarvador remueva la tierra, no es tampoco razon suficiente para destruirle. M. Moll, profesor del Conservatorio, declara que considera los topos en las praderas como una cosa útil, porque sacan de muy hondo á la superficie la buena tierra, que teniendo cuidado de esparcirla, facilita una vegetacion mucho mas vigorosa. En Holanda, país donde hay muchas praderas, las cuales constituyen la riqueza principal del labrador, todos los dias se esparce la tierra que sacan los topos. — El año último se citó en la Sociedad central á M. Bouvier, dueño de grandes prados á orillas del Meuse, como un hombre que se guarda muy bien de destruir los tales animales; lo que hace sí cuando viene el otoño, es esparcir la tierra de las madrigueras, y á este sistema atribuye la superioridad de sus cosechas de heno.

« Los topos apreciados en su justo valor, dice M. Letourneux, han hallado en mí un protector ardiente. Por mi parte, los conservo con el mayor cuidado en cambio de la doble utilidad que me prestan. Y en efecto, no solo saco beneficio del instinto que tienen para destruir toda clase de insectos dañinos, sino que, para mejorar mis prados, saco un buen partido de las irregularidades de que llenan el suelo, y que siempre me parecen pocas; porque esa tierra virgen de sus madrigueras, bien removida, sin que me cueste nada de transporte, y esparcida cuando hace buen tiempo, me sirve para borrar la huella de las pisadas del ganado, y para abonar la yerba, que bien luego toma un color de un verde mas oscuro, vegeta con vigor, y me aumenta un diez por ciento mi cosecha de heno. Una mujer está encargada de esta faena, que practica cada vez que es necesario. Es bueno advertir aquí que los topos rara vez levantan la tierra despues del 13 de abril, y perjudican muy poco á la siega, si se tiene cuidado de que la superficie del suelo permanezca bien al nivel hácia esa época. »

En el fervor de su celo el abogado del topo concluye diciendo, que el gobierno debe dictar medidas « para poner un término á la guerra bárbara é impía que se hace á uno de nuestros mas poderosos auxiliares. Y digo bárbara é impía, porque no se trata de combatir y matar á un enemigo á cara descubierta, sino que se asesina á un aliado armándole pérfidas emboscadas para ello. »

Veremos lo que opinará sobre este punto la Sociedad protectora de los animales; quizás despues de maduro examen juzgue conveniente ofrecer un premio á los que conserven mejor el topo.

Parece mentira que la opinion pública haya podido engañarse tan groseramente siglos enteros, sobre los méritos de un animal tan útil, y por consiguiente tan recomendable. Pero la culpa la tienen las malas pasiones del hombre. El hombre, avaro por naturaleza, ve que experimenta pérdidas en su cosecha; la larva se le escapa, pero el topo está ahí; el topo es la causa del mal, acabemos con él. Además el topo escarva la tierra, y no me gusta que nadie toque á lo que me pertenece, muera el topo.

El hombre es vanidoso, y siente una grande inclinación á los adornos; el topo tiene una piel suave y fina como si fuera seda, muera el topo. En tiempo de Luis XV, algunas mujeres elegantes, no contentas con pintorrotarse la cara, imaginaron ponerse cejas postizas de piel de topo. Esta moda particular cayó en desuso; aun la misma piel del topo no sirve ya, porque es muy difícil reunir un crecido número de ellas que tengan el mismo matiz; pero ya se habia contraído el hábito del asesinato, ya los verdugos dedicados á este oficio sacaban un sueldo muy bueno.

Otra preocupacion inveterada ha sido tambien la de sostener que el topo era ciego. Buffon concede que tiene ojos, « pero tan pequeñitos, dice, que, por decirlo así, le son inútiles. » ¿ Creer las personas que tienen ojos pequeños que les son menos útiles que si les tuvieran grandes? Pero por fin últimamente Bailly y Blainville han demostrado la existencia del nervio óptico en el topo. ¡ Afortunado topo! Al cabo de seis mil años le devuelven la vista, y no darán ya premios al que los mate; únicamente les prohibirán el que se construyan madrigueras. Esta reparacion de una grande injusticia honra sobremanera á M. Letourneux, que es el que ha tomado la iniciativa.

Aviso á los hacendados que poseen tierras cuyo valor aumentaría ejecutando en ellas trabajos de desagüe, y que no los mandan ejecutar por temor de gastar mucho dinero. M. de Rotschild ha ejecutado estas obras de desagüe en su magnífica posesion de Ferrières, cerca de Lagny, y he aquí los resultados

que ha obtenido. El gasto por hectárea, todo comprendido, hasta los intereses del capital empleado, se calcula en unos 230 frs.; ahora bien, el producto de las tierras despues de la operacion se ha duplicado. M. de Rotschild se reserva únicamente un 5 por 100 anual del gasto hecho, es decir, 12 francos 50 céntimos, que se puede descomponer en 3 por 100 de interés, pues que no se debe esperar un interés mayor de una mejora agrícola, y 2 por 100 de amortizacion. El aumento de los arriendos se calcula por esta base, y el arrendatario se aprovecha del excedente, que es generalmente superior á los 12 francos 50 céntimos que se reserva el dueño. Esto no necesita comentarios.

Entramos en el mes consagrado á las exposiciones de animales reproductores, y de instrumentos y productos agrícolas. El 11 y 12 de mayo han debido verificarse los concursos de Vesoul, Valence, Agen y Caen; el 19 y 20 de mayo los de San Quintin, Angers, Moulins y Rodez, y el gran concurso general entre los premiados de todos estos concursos particulares, está indicado para este año en Orleans del 28 de mayo al 3 de junio. Muchos piensan que el sistema seguido en Francia no es bueno. En interés del país, los ganaderos no deben tratar de fabricar un animal que reúna fielmente los caracteres distintivos de cualquiera de las antiguas razas, sino que deben procurar que presente las formas reconocidas como mejores para un servicio determinado, para la produccion de la carne ó de la leche, ó para el trabajo, acercándose lo mas posible del tipo ideal, tal como lo han concebido el fabricante de queso, el carnicero, el labrador, el coronel de caballería, ó el maestro de postas.

Bueno será traer á colacion sobre este asunto las opiniones emitidas por M. de Baudement, profesor del Conservatorio, en un artículo que ha publicado hace poco tiempo. M. de Baudement quisiera que la clasificacion de los animales segun sus servicios, fuese la base del programa oficial, sin que se admitiese subdivision por razas ó por regiones. Todos los animales destinados á realizar tal ó cual tipo deberian concurrir juntos; y los exponentes deberian declarar la categoría á que aspiran en el concurso. « De este modo, añade, el gobierno que tiene el derecho y el deber de dirigir á los productores para quienes abre concursos, usaria de las atribuciones que le pertenecen, y dejaria la carrera libre á todo el mundo. El ganadero sería juzgado segun su voluntad propia, porque se compararian los animales presentados con el tipo que él mismo hubiese indicado como término de sus esfuerzos, y además la comparacion con los animales expuestos por sus concurrentes y la decision del jurado, le demostrarían la altura á que se encuentra. Las declaraciones de los exponentes allanarian tambien las dificultades al jurado, que segun la preferencia que se diese á una ú otra categoría, veria las mejoras que se van haciendo en tal ó cual punto, y que poco á poco se iria haciendo mas exigente á medida que los animales fuesen siendo mas numerosos en una accion determinada. »

Mientras llegan estos concursos de formas típicas para mejorar los animales reproductores, señalemos con gusto los progresos que se notan en el arte de cebar al ganado, progresos debidos al establecimiento del concurso de Poissy, que por novena vez se ha celebrado este año. Este concurso suministra una buena ocasion al jurado para penetrar fielmente en los misterios del matadero, y para publicar sus observaciones en forma de memoria á la Sociedad central de agricultura. Este año se ha descubierto que en los bueyes de la raza Durham, la grasa está repartida de otro modo que en los de la raza Devon. (Ambas razas han sido importadas de Inglaterra, y se recomiendan por su precocidad.) En los últimos, la grasa se acumula entre los músculos, pero sin repartirse en los diferentes grupos de fibras que los componen; mientras que en los primeros penetra íntimamente, y envuelve hasta la última subdivision de los grupos de fibras, por lo cual la carne está mas nacarada.

M. Chevreul, químico entendido, ha observado que para juzgar la calidad de una carne como alimento, debe tenerse en cuenta su aroma, que, á su juicio, no es un principio inmediato, sino una reunion de aromas, un producto. Separando y desarrollando estos aromas, piensa M. Chevreul que se podria hallar la causa y el valor de las calidades; y considera la cosa tan sencilla, que está dispuesto á dar cuando se le pida este nuevo método de valorizar las carnes.

Ya se distinguen muy bien las diferencias que existen entre dos carnes: la ternera y el buey, verbigracia, no dan el mismo caldo, de modo que existe ahí otra cosa además de la fibra y la grasa, y es un principio aromático propio, que se reconoce muy bien cuando se echa un pedazo de carnero en la olla, cuyo olor á nadie se le escapa.

Ya pueden estar alerta los carniceros; la ciencia va á descubrir sus mas secretas operaciones.

Un periódico de agricultura que ha comparado las cantidades de ganado y de puercos vendidos para el consumo de Paris en el mes de marzo de los años 1831, 32, 33, poniendo el precio por término medio, pretende que estas cantidades se han ido aumentando mas y mas, lo mismo que los precios; el alza es un 20 por 100 sobre los precios de 1831 y 1832. El autor del artículo se sorprende y quiere indagar las causas de un consumo que va creciendo, á pesar de que los precios crecen tambien; pero el fenómeno se explica naturalmente por el grande aumento de poblacion que se nota en Paris.

S-G. L.

La secta de los espiritus.

Mirad con cuidado á las ocho personas reunidas al rededor de la mesa en el grabado de la página siguiente, y poco os costará el adivinar que son alemanes. ¡ Qué fisonomías tan tranquilas! Pero no os fieis de esto, y recordad el refran que dice: Dios nos libre del agua mansa. Esperad un cuarto de hora, nada mas, y estas ocho

personas cuyos semblantes respiran la calma, y que forman una cadena poniendo cada cual sus dedos menüques en contacto con los de los costados, se levantarán agitadas entregándose á una especie de baile, como si hubieran sido picadas por la tarántula, y lo que hay de mas cómico en todo esto, es que la mesa seguirá sus movimientos, balanceándose al principio como un bailarín en los preludios del vals, pero animándose por grados hasta tomar la parte mas importante en la gresca general.

En el momento en que escribimos estas líneas, los vecinos de Leipzig y otras ciudades de Alemania se divierten — ¡ rara diversion! — en bailar al rededor de una mesa.

Pero ántes de hablar mas extensamente de este singular fenómeno sobre el cual ha dado un informe notable el doctor Andrés de Breme en la *Gaceta de Augsburgo*, vamos á atravesar el Océano, y dirigir la vista á los Estados Unidos; porque en este pueblo donde tienen fácil acceso todas las ideas razonables y todas las locuras, tuvo su origen la comedia de que vamos á hablar. ¡ Verdaderamente es un pueblo bien extraño el norteamericano! Su carácter es un compuesto de elementos que braman de verse juntos. No hay en el mundo una nacion mas activa, mas positiva, mas grave que la de los Estados Unidos; pero tampoco hay un pueblo mas supersticioso y crédulo que aquel. Allí es donde las religiones nacen y se improvisan tan fácilmente como los gobiernos en Francia.

Ya hemos hablado del mormonismo; pero la secta de los mormones ya es vieja, ¡ puesto que cuenta veintifres años de existencia! Ahora, el pueblo que tiene siempre en la boca la palabra *go-a-head*, apetece lo nuevo, y para satisfacer esta imperiosa necesidad ha hecho brotar desde el mormonismo dos ó tres sectas nuevas, entre las cuales figura la de los *espiritualistas*.

Estos pueden correr parejas con los *sacudidores*, *tembladores*, y otros convulsionarios que en los primeros años de este siglo causaron tanto escándalo en los Estados Unidos. Los fundadores de dicha secta son dos mujeres, dos hermanas, *Misses Ana-Leah Fish*, Margarita y Catalina Fox, que se atribuyen el poder de evocar los espiritus de los muertos (de aquí el nombre de *espiritualistas*) manifestándose al hacer un ruido ¡ tap! ¡ tap! ¡ tap! semejante al que se produce cuando se toca en un cuerpo hueco. Los norteamericanos cayeron en el lazo, puesto que las hermanas Fox recorrieron las ciudades de la Union explotando la credulidad pública, y recogiendo bastante para vivir en la actualidad de sus rentas.

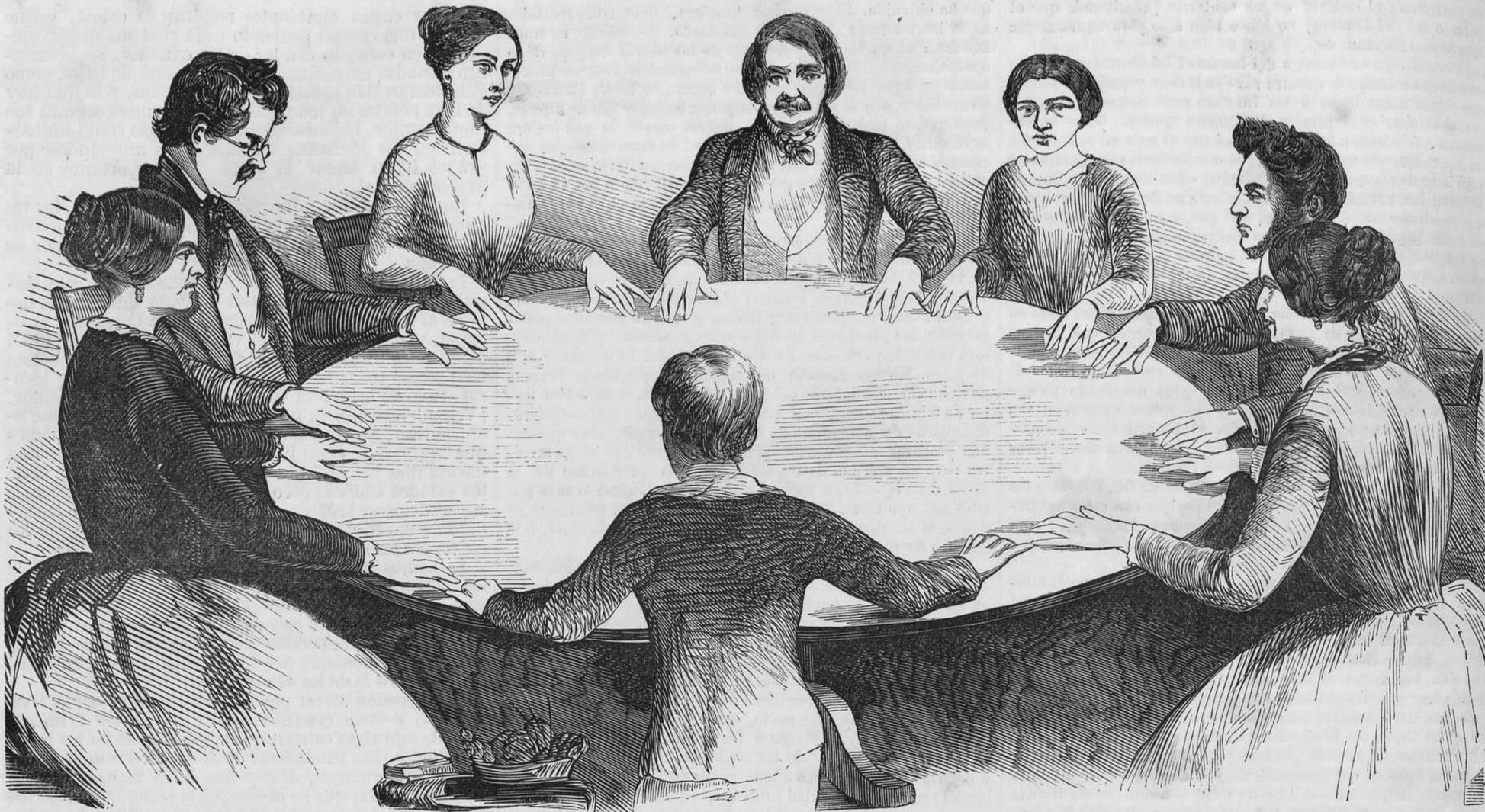
La primera reunion de los sectarios tuvo lugar el 14 de noviembre de 1849 en Corinthian Hall. Margarita y Catalina Fox asistieron á ella, y los espiritus obedecieron á estas insignes fundadoras tan pronto como hicieron la consabida seña de ¡ tap! ¡ tap! ¡ tap! Al momento se nombró una comision que redactara un informe, y este fué redactado sin que se descorriera el velo de la farsa. ¿ Debemos asombrarnos de ello? No, ciertamente; porque los individuos de la comision pertenecian á la mas fea mitad del género humano. En seguida se nombró otra comision formada exclusivamente de señoras; estas se encerraron con las jóvenes Fox á quienes registrar escrupulosamente, como hicieron los doctores con Juana de Arc para asegurarse de que el ruido no provenia de algun mecanismo oculto. Esta segunda investigacion tampoco dió resultado, y desde entónces se convino en que los espiritus eran seres invisibles, pero reales y corporales que anunciaban su presencia cuando se les llamaba del modo indicado.

Esta reunion verificada en Corinthian Hall de Rochester fué sin embargo eclipsada en octubre del año pasado por uno de esos *meetings* tan comunes en el pueblo *yankee*. El número de las concurrentes era de unos 800, y entre otras medidas que adoptaron es digno de atencion un decreto autorizando el establecimiento de reuniones trimestrales y la fundacion de *comunidades armónicas ó círculos espirituales*. « Cada una de estas comunidades (decia el decreto) comprenderá un número igual de fieles y será organizada conforme al modelo del cuerpo humano: el presidente, será el *Cerebro*; los vicepresidentes, la *Nariz* y la *Boca*; los secretarios, los *Ojos* y *Orejas*. » — Digan ustedes si es posible que el género humano se entregue á extravagancias mas garrafales.

Acto continuo tomaron la palabra varios oradores. El uno decia que acababa de recibir noticias de los espiritus de Washington, Franklin y otros americanos célebres. Otro gritaba: ¡ es preciso abolir el matrimonio! Una mujer daba gritos espantosos diciendo que sentia deseos irresistibles de andar á cachetes: habia quien redactaba un mensaje atestado de revelaciones celestes. Por fin, uno de los miembros que habia conservado su sangre fria en medio de aquel guirigay, dijo que debian cesar aquellos absurdos. El que habló de este modo era el único hombre sensato de la reunion, y sin duda por esto fué expulsado de la sociedad.

Pero esta secta de convulsionarios no podia permanecer encerrada en los límites de un continente, y Mistris Hayden la ha trasplantado á Inglaterra donde la nueva Pitonisa evoca los espiritus haciendo pagar por asistir á sus sesiones la friolera de cinco guineas. No es caro.

Ahora, como un prodigio nunca viene solo, y el que admite lo mas debe admitir lo ménos, he aquí que ya los espiritus no solo responden á las preguntas que se les hacen, sino que tienen la propiedad de bailar al rededor de las mesas, lo que los norteamericanos llaman *table-moving* y de lo cual los alemanes han hecho su *tischrüeken*. Los habitantes de *ultra Rin*, gentes de naturaleza mas positiva, han desechado desde luego el char-



latanismo de la secta de los espíritus, aceptando no obstante el fenómeno. Se han hecho ensayos en Leipzig, en Brème, etc., obteniendo resultados satisfactorios, y hoy reproducimos por medio del grabado uno de los experimentos verificados en Leipzig. Un redactor de la *Illustrirte-Zeitung* dice que ha seguido el movimiento de rotacion de una de esas mesas hasta caerse rendido de cansancio. Segun dicho sugeto, el procedimiento es de los mas simples. Algunas personas se reunen al rededor de una mesa redonda en la posicion indicada por

nuestro grabado, de manera que todas sus manos estén en contacto como hemos dicho. Al cabo de cinco minutos se desarrolla, segun dicen, una corriente magnética que de las personas se comunica á la mesa. Este mueble empieza entónces á moverse, lentamente al principio, pero tan rápidamente despues, que la concurrencia hace retirar las sillas por el placer de bailar al rededor de la mesa. He aquí un precioso ejercicio, ¡sobre todo para facilitar la digestion despues de comer! Es necesario que la mesa descansa sobre el piso entari-

mado, porque la estera, la alfombra ó las junturas de los ladrillos amortiguarían la fuerza magnética, y por esta misma razon la mesa debe estar desembarazada de todo objeto extraño.

Tales son los hechos consignados en los periódicos alemanes. Parece que este fenómeno es ocasionado por el magnetismo animal. ¿Pero en virtud de que leyes se desenvuelve este fluido para poner en movimiento los cuerpos inertes? Esto es lo que los alemanes tratan de profundizar.

AVISO AL PUBLICO,

La importancia de nuestra publicacion, la primera sin duda en su género de cuantas se han ensayado hasta aquí en idioma español, así por las interesantes materias que comprende como por la excelencia de sus grabados y el esmero de su parte tipográfica, nos hizo esperar, ántes de emprenderla, que el público americano la dispensaría una favorable acogida, y en esta persuasion hicimos desde luego una larguísima tirada. Nuestro pronóstico se ha

realizado, ó por mejor decir, el éxito ha sobrepasado en mucho á nuestras esperanzas; pues segun los pedidos que en cada correo nos llegan de distintos puntos de América, pronto se agotará la edicion de los números que llevamos publicados.

En consecuencia de lo dicho, hemos resuelto aumentar considerablemente la tirada desde el TOMO SEGUNDO que empezará en el número 27 de esta PARTE ILUSTRADA Y LITERARIA del Correo de Ultra-

mar. Pero como nos sería muy difícil por ahora hacer una nueva edicion de los números que han de formar el primer tomo, advertimos á las personas que piensen suscribirse á nuestro periódico, que deben apresurarse si quieren tener completa la coleccion; pues, como llevamos manifestado, los pedidos que de todas partes recibimos, son tan numerosos que dentro de poco se habrán agotado los ejemplares existentes.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. GIRDÈS, CALLE BONAPARTE, 42.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION :

Este periódico sale 'á luz CINCUENTA Y DOS VECES AL AÑO, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Lóndres.

Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto.

Cada mes los suscriptores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer, y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRIPCION AL AÑO.

Para la Habana.	12	pesos fuertes
Para el interior de la Isla de Cuba.	15	» »
Para Puerto Rico.	13	50 macuquinos
Para el interior de la Isla de Puerto Rico.	18	» »
Para las Antillas francesas, inglesas y Costa Firme.	12	pesos fuertes
Para la Plata, República Argentina y el Brasil (por los vapores del 9 de cada mes).	14	» »
Para la provincia de Cúmana.	12	75 » »

Para Centro América, Panamá y todas las agencias de la costa del Pacifico.	15	pesos fuertes
Para Valparaiso, Santiago de Chile, San Fco de California y el Paraguay.	16	» »

PRECIO DE SUSCRIPCION PARA LA REPUBLICA MEJICANA PARTE POLITICA, LITERARIA E ILUSTRADA REUNIDAS.

Para Veracruz y Tampico.	20
Para Méjico, Puebla, Jalapa, Córdoba, Orizaba.	22
Para el interior de la República Mejicana.	29

NOTA. — No se admiten suscripciones á este periódico sino por semestres, principiando en Enero y Julio de cada año. La suscripcion se paga por semestres, y siempre adelantados, sin excepcion alguna.

Los suscriptores en cuyos puntos no residan agentes ni estacionen los vapores, pagarán además los gastos de trasporte y de correo á los referidos agentes en su domicilio.

SE RECIBEN LAS SUSCRIPCIONES EN LAS AGENCIAS SIGUIENTES :

Lóndres.	MM. SIMMONDS.	Demerara.	MM. Richard HAYNES.	Quito.	MM. Alfonso PRIEUR.
Nueva York.	— Eug. DIDIER.	Guatemala.	— P. J. LOSS.	Rio Hacha.	— J. Manuel GOENAGA.
La Habana.	— ROUSSEAU LANGWELT.	Guayaquil.	— Alfonso PRIEUR.	San Francisco (California).	— MASSEY, FINANCE y Ca.
Arica.	— BILLINGURST y TAYLOR.	Laguayra.	— A. M. MOLLEJAS, casa de los	Santo Domingo.	— D ^r MORINGLANE.
Arequipa.	— J. María REY DE CASTRO.		Spes. LAGRANGE y ENGELKE.	Santa Marta.	— A. MIRAMON.
Asuncion (Paraguay).		Lima.	— José MACIAS.	San Juan de Nicaragua.	— Juan MESNIER.
Buenaventura.	— VASQUEZ CÓRDOVA.	Maracaibo.	— P. CASAUZ.	Santiago de Cuba.	— Felipe LAY.
Bogota.	— SIMONNOT.	Matanzas.	— F. DEVILLE.	Trujillo del Perú.	— Andres ARCHIMBAUD.
Buenos Ayres.	— CLARMONT.	Maturin (Cumana).	— P. BAUPERTHUY.	Santiago de Chile.	— Pascual EZQUERRA y GIL.
Id.	— LUCIEN É HIJO.	Monpoz.	— J. M. PEREIRA.	San Tomas.	— BENEDETTI.
Caracas.	— J. C. CORBIN.	Méjico.	— BOIX, BESSERER y C ^a .	Tacna.	— Carlos BASADRE.
Id.	— Emilio PHILIP.	Montevideo.	— A. LAS CAZES.	Tampico.	— A. DELILLE.
Cartajena.	— H. P. DE LA VEGA.	Panama.	— SMITH y C.	Valencia.	— Achille LETTERON.
Cali.	— J. María CANADAS.	Popayan.	— Rafael IRURITA.	Valparaiso.	— Pascual EZQUERRA y GIL.
Ciudad Bolívar.	— THIRION.	Porto Cabello.	— Rafael ROJAS.	Vera Cruz.	— Juan CARREDANO.
Cobija.	— ARTOLA y C ^a .	Puerto Rico.	— J. M. SANCHEZ ENRIQUEZ.		